

Don Ricardo Palma en Colombia

TRES DE SUS PRIMEROS IMPRESOS

por JUAN MIGUEL BAKULA PATIÑO

*Homenaje a la memoria de
Luis Eduardo Nieto Caballero.*

SUMARIO: Tres palabras iniciales.— I: Julio Arboleda.— II: Vocación, correspondencia y polémica.— III: "Los Marañones".— IV: Libros.— V: "La Favorita". Palma, hombre de teatro.— VI: "Lida". Una tradición que perdió el nombre.— VII: "Mauro Cordato". La receta de las tradiciones.

TRES PALABRAS INICIALES

Discurrieron en Colombia dos, para mí, gratísimos años. Guardo perenne gratitud a quienes me acogieron con generosa simpatía y me brindaron leal amistad en mi condición de diplomático peruano; como tal, les he correspondido con idéntica cordialidad y buena fé. Permanecí al lado de ellos en momentos de prueba y están presentes en mi memoria y en mi afecto. Al no poder mencionarlos a todos, uno por uno, porque la relación sería inacabable, me limito a dedicar estas páginas a quien por sus calidades humanas y por su sincero espíritu de amistad hacia el Perú, es un ejemplo y un símbolo.

Tuve la suerte de encontrar en la Biblioteca Nacional de Bogotá tres folletos de don Ricardo Palma, hasta ahora no mencionados, y que corresponden a sus primeras producciones impresas. Me complace poder vincular así mi actividad a la persona de nuestro patriarca y recordar que él también perteneció a los cuadros del Ministerio de Relaciones Exteriores y que ejerció funciones íntimamente relacionadas con la Cancillería.

En primer lugar, es de todos conocido su nombramiento como Cónsul

del Perú en el Pará a donde viaja en 1864 y donde permanece por breve tiempo mientras desempeña tal cargo (1).

Pasan muchos años de aparente distanciamiento, no obstante que en su carácter de Senador por Loreto y de Secretario del Presidente Balta, sus actividades tienen siempre puntos de contacto con el Ministerio de Relaciones Exteriores. Más tarde, ya Director de la Biblioteca, sus gestiones amistosas ante el Presidente de Chile, señor Santa María, permiten que el Perú recupere unos manuscritos entre los cuales se encontraba un documento "decisivo en una de nuestras complicadas cuestiones de límites".

En marzo de 1889, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Manuel Irigoyen, constituye nuevamente la Comisión Consultiva con la específica finalidad de asesorar al Gobierno en la negociación directa con el Ecuador que culminó con el Tratado García-Herrera. Dicha Comisión estuvo presidida por don José Antonio de Lavalle —el amigo por cuya intercesión aceptó Palma la Dirección de la Biblioteca Nacional— e integrada por Alberto Elmore, Emilio Bonifaz, Ernesto Malinowsky, Luis A. Carranza, Isaac Alzamora, Ramón Ribeyro, Luis Felipe Villarán, José Casimiro Ulloa, Modesto Basadre, Antonio Raimondi, Manuel Pablo Olaechea y Ricardo Palma, quien actuó como Secretario. Celebró por lo menos 26 sesiones, hasta el 28 de abril de 1890, con la asistencia del Ministro del Ramo y del Oficial Mayor don Carlos Wiese, y de sus decisiones hay referencias en las cartas que Palma dirige al Plenipotenciario peruano, don Arturo García, publicadas en el tomo I de su "Epistolario".

Poco después, en 1892, Palma es designado como representante del Perú en las festividades con las que en España se conmemora el IV Centenario del descubrimiento de América. De la actividad desarrollada en esa oportunidad han quedado numerosas huellas y, con mayores detalles, sus "Recuerdos de España".

Más aún. En 1888, se funda la Sociedad Geográfica, cuyo objeto será "ocuparse de los estudios geográficos en general, y en particular de aquellos que tienden a hacer conocer el Perú y los países limítrofes bajo todos los puntos de vista que puedan interesar a la actividad humana". La nueva entidad se organiza como una dependencia técnica del Ministerio de Relaciones Exteriores y entre sus miembros natos se cuenta, casi desde sus comienzos, al Director de la Biblioteca Nacional. Palma sigue, en esta forma, prestando su concurso a la Cancillería; y en 1901 desempeña la presidencia de la Sociedad, presentando la Memoria que corre inserta en el tomo X de su Boletín.

Pero estos detalles nada valen comparados con su perenne calidad de

(1) A fs. 163, del "Libros de tomas de razón de resoluciones supremas de 1864 y 1865" que se conserva en el Archivo Histórico del Ministerio de Hacienda (Libro 12- I G: OL-028), figura el siguiente asiento:

"Lima, julio, /864.— Sr. Ministro de Hacienda.— S. E. el Presidte. ha tenido a bien nombrar por dto. de esta fha. Cónsul de la República en el Pará a D. Manuel Ricardo Palma con el sueldo de 2000 ps. y demás asignaciones de reglamto. Lo que tengo el honor de poner en concimto. de VS para los fines consiguientes.— Ribeyro.— Julio 18 /864.— Regístrese en la Direcn. Gl. de Hacienda y en la Tesora. Departaml. Noboa.— Julio 20 /864.— Registrada en la Secn. 1a. y en la Tesora. Departaml.— Mendiburu.—"

Embajador *at large* del ingenio limeño, acreditado ante los hombres de bien que aceptan la sonrisa como irrevocable credencial.

Para terminar, una palabra de aclaración y de excusa. No ha sido mi propósito hacer obra erudita ni hubiera estado dentro de mi capacidad. He querido, tan sólo, prestar una modesta contribución al mejor conocimiento de una de las múltiples facetas que reviste la figura de Palma, arquetipo de peruianidad, la cual a pesar del interés que suscita y de la popularidad de su nombre, todavía está en espera de la obra que la estudie en su conjunto, vale decir, siguiendo la rosa de los vientos, en todos los rumbos señalados por su estela luminosa.

I

JULIO ARBOLEDA

Ricardo Palma no estuvo en Colombia. A lo sumo, desde la orilla de su extenso litoral, alcanzó a admirar el prodigio almenado de Cartagena o a tener una idea de la policromía del verde frente a Buenaventura, todo ello sin contar con el ocasional e inquietante paso por la maraña selvática, de Chagres en adelante. Pero a falta de ese trato directo con el paisaje, tuvo el contacto espiritual y el conocimiento —y con éste, el afecto— de los hombres de Colombia más representativos de la segunda mitad del Siglo XIX y creó a través de un diálogo personal, que se mantuvo en todo momento gracias al intercambio epistolar, una sutil trama de relación que ha sido cultivada por los hombres de buena voluntad y cuya expresión se encuentra en la permanencia de una corriente de simpatía que como obra del espíritu, no requiere —*Laus Deo*— de la mezalianza con los intereses de otro orden.

Su primer amigo granadino, el primero de aquella larga lista de interlocutores del vecino norte, fué el poeta y soldado Julio Arboleda, ilustre por la estirpe y por el genio. El payanés llegó a Lima a mediados de 1851, con la aureola de su inteligencia, de su inusitado triunfo oratorio en el Parlamento, de su cultura adquirida directamente en Europa en largos años de estudio, de sus posibilidades económicas y de su varonil prestancia, calidades que hacían de él un personaje de extraordinario magnetismo, cuyo valor intrínseco rayaba a tal altura que sólo se le comparaba, en su solar de origen, con las figuras máximas de la epopeya heroica. Llegaba a Lima en el apogeo de sus 35 años, después de haberse desempeñado en su país en la prensa, la milicia, la diplomacia y la política; y de haber triunfado en ellas como César. De su estreno parlamentario diría José María Samper —también residente en el Perú, hacia 1865, como jefe de redacción de "El Comercio"— que "jamás orador alguno entre nosotros había sido tan incisivo y concreto, tan académicamente literario ni tan variado en su elocuencia".



JULIO ARBOLEDA

Al reducido ambiente de la Lima del medio siglo, en el que las galas del Gobierno de Echenique disimulaban apenas su condición de ciudad aldeana, venía este gran señor de las letras y de la espada, luciendo, a mayor abundamiento, una rigurosa fila de ascendientes que enarbolaban sus blasones castellanos al tope de sus lanzas insurgentes y cuya prosapia describía con no recatado orgullo:

“Soy sobrino —decía— de Manuel de Pombo, cuya sangre, derramada en la plaza de Bogotá, fecundó el árbol de la libertad. Francisco de Ulloa, aquel joven gallardo que murió por la libertad y por su palabra, y cuya digna familia, antes opulenta, ha dejado la república en espantosa mendicidad, era mi primo. Francisco José de Caldas, el varón sabio y justo, a quien mató la tiranía, era mi tío. Antonio Arboleda y los demás hijos de Popayán que padecieron y murieron por la libertad, cuyos nombres son los últimos títulos de gloria con que cuenta esta pobre ciudad perseguida y arruinada, todos eran parientes míos...” (2).

No es de extrañar que al anuncio de su nombre se abrieran, de inmediato, los salones y que personajes como don José Joaquín de Osma, Presidente de la Cámara de Diputados, que acababa de reemplazar a don Bartolomé Herrera en el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, le brindaran su amistad y, lo que podía ser muy necesario, le ofrecieran su apoyo económico, que Arboleda agradeció cumplidamente pero no aceptó.

En el destierro, encarnaba la oposición al General López, don Hilario, de quien se suponía en el Perú que simbolizaba un régimen de tolerancia y, sobre todo, de respeto a la sagrada libertad de imprenta; y su llegada agudizó la polémica que ya venía desarrollándose, frente a quienes, en las páginas del “Correo de Lima”, por inspiración de Mariátegui y de Lazo, satirizaban su abolengo y a los cuales respondería con sus conocidos conceptos:

“En vano ostentará el magistrado su liberalidad con frases galanas de mentida filantropía; que si deja atacar nuestras personas, o violar nuestras propiedades, o destruir escuelas y universidades; si permite que el honor de nuestras esposas y de nuestras hijas esté a disposición de forajidos estúpidos; si perdona o no persigue a los delincuentes; por más que hable y arguya diremos que su liberalidad es la cosa más semejante que hay en el mundo a la tiranía, y sentiremos fuertes y justas tentaciones de cambiar nuestra libertad bastarda e insoportable por cualquiera especie de servidumbre menos onerosa y degradante” (3).

De su presencia en Lima se encuentran huellas en “El Comercio”, “El Intérprete del Pueblo” y en unas cartas políticas, de impecable contenido lógico y de ática factura, que bajo el seudónimo de *Eldropeito* dirigió al Presidente de la República.

(2) Cfr. M. A. Caro, “Estudios de Crítica Literaria y Gramatical”, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, Imprenta Nacional, 1955, T. I. p. 64.

(3) *Ibid.*, p. 87.

Había llegado con un grupo selecto de colombianos, los más de Popayán, entre ellos, su hermano Sergio, Vicente Cárdenas, Juan Crisóstomo Uribe, Rafael María Giraldo y Manuel María Mallarino, todos quienes encontraron en Lima acogida amplia y sin reato y aún estímulo de los sectores políticos afines. Dejó Lima en 1853 y antes de un par de años, en la capital de Cundinamarca, tenía lugar un nuevo encuentro entre dos de los antiguos desterrados, pero ahora en circunstancias muy diferentes: Recibía las insignias del mando supremo el señor Mallarino y le daba posesión el Presidente del Congreso con estas palabras cuya eufonía es característica de la prosa de Arboleda y que bien merecido tienen el recuerdo no agotado de varias generaciones:

“Raras vicisitudes las del mundo, señor Vicepresidente! Pocas vueltas ha dado el sol desde el día triste en que, desterrados y aflijidos, nos apretábamos las manos y suspirábamos por las playas verdes de la Nueva Granada, tendidos ambos y cavilando sobre los arenales tostados y estériles de un país extraño. Hoy me toca a mí presidir la primera y más respetable corporación de mi patria, y señáaros a vos, vacía, para que subáis a ocuparla, la silla de la Primera Magistratura . . . Pero no os alucine este relámpago de dicha —si dicha puede llamarse—, que en esta nación valiente y orgullosa, tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del Senado” (4).

Aludía al caso, en cierta forma paralelo al suyo, del General Obando, quien desterrado también en el Perú, había franqueado la distancia entre su retiro en la Quinta del Prado que ocupara como inquilino, y la Presidencia de Colombia, para caer, triunfante la revolución de 1854, en la triste condición de reo de alta traición. Arboleda también había llegado al Perú en la misma precaria situación, después de cruzar el desierto de Sechura y los arenales del Norte. Obando había atravesado la selva siguiendo los ríos Putumayo y Marañón hasta alcanzar Trujillo.

Al partir de Lima, Arboleda dejó unos versos como ofrenda de su gratitud:

“Me voy de las playas alegres, süaves
Do el Rimac corriendo tranquilo murmulla,
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
Do nunca ha negado sus rayos el sol!”

Su llegada coincidió con la aparición en el mundo de las letras de todos aquellos que, pocos años después, vendrían a constituir la generación romántica y a quienes, poco más o menos, doblaba en edad: Althaus tenía 17 años, Palma 18, Márquez 20, Corpancho y Salaverry 21. Fácil es imaginar la impresión que debió causar en esos espíritus ansiosos de nuevas formas de expresión para sus sentimientos, oír de labios de Arboleda, en su idioma original, “La Peregrinación de Child Harold” de Byron, capaz de colmar la

(4) Cfr. A. Gómez Restrepo, “Historia de la Literatura Colombiana”, Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, Editorial Cosmos, 1953 (Ediciones de la Revista *Bolívar* Ministerio de Educación Nacional), T. IV (3ª edición), p. 115.

necesidad de melancolía y de ensoñación del romanticismo naciente; o cantos enteros de "La Jerusalem Libertada", del Tasso, que dentro de su clásico formato, tenía un acento épico al que eran muy sensibles los colegas de entonces.

El afán de mantener sin tregua, cual era su carácter, la lucha política, lo colocó en rápido contacto con la actividad periodística; y su vocación literaria lo llevó a frecuentar de inmediato los círculos intelectuales. Traía en su cartera un poema que seguía la tendencia romántica española de resucitar la poesía épica siguiendo la forma más suave y más dúctil de la leyenda, tal como la había consagrado el Duque de Rivas, como había debido ser "Granada" de Zorrilla y también dentro del mismo estilo de Espronceda con su "Pelayo". Aquí, el modelo parecía más cercano, más inmediato, tanto en la versificación escogida, pues Arboleda sentía especial predilección por la octava real, cuanto por la sonoridad del lenguaje. "El Intérprete" acogió la colaboración de Arboleda y publicó 56 estrofas de su poema "Gonzalo de Oyón". En la edición del 28 de febrero de 1852, se dice:

"El señor Julio Arboleda, granadino asilado en el Perú, nos ha franqueado el manuscrito de una leyenda. La obra está trunca porque el autor ha perdido muchos de sus papeles en sus recientes vicisitudes y además está inconclusa. Sin embargo, hemos tomado de ella algunos fragmentos que iremos publicando".

Así fué como, por vez primera, se dió a la imprenta la obra de Arboleda que más tarde habría de darle merecida fama, siendo, pues, páginas limeñas las que consagraron su perennidad, como limeñas serían las prensas que acogieron, también como primicia, muchos años después, la inspiración de otro insigne vate colombiano, Juan Lozano y Lozano, que publicó en esta capital, su primer volumen de versos, "Horario Primavera", en 1923.

La permanencia de Arboleda en el Perú es demasiado corta como para atribuirle una importancia decisiva en la formación de la generación romántica, pero es, de todos modos, muy reveladora la coincidencia entre su presencia en Lima y la aparición de varios poemas o, mejor, la publicación de romances históricos tales como "Manco Cápac" de José Arnaldo Márquez y "Magallanes" de Manuel Nicolás Corpancho. También por esos días se publica "La Cruz de Limatambo" de Aníbal Víctor de la Torre y Corpancho revela ("El Intérprete", del 8 de mayo) su poema "La Cruz del Bardo —cuento del siglo XII—" que según la presentación del periódico es "uno de los primeros ensayos literarios del doctor Corpancho, una de esas inspiraciones que, siendo aún muy joven todavía, le sugirió después el plan del "Poeta Cruzado".

Simultáneamente, el mismo papel acoge un "cuento nacional" del estudiante Manuel Ricardo Palma, titulado "Flor de los Cielos", compuesto de una introducción y de cinco partes, que comienza a publicarse el 10 de mayo y concluye el 15 del mismo mes, con la anotación inicial de estar "dedicado al poeta granadino Julio Arboleda".

Como ya observa Riva Agüero, la influencia que debió ejercer la lectura del "Gonzalo de Oyón", es tan manifiesta que el ilustre polígrafo no duda en decir que aquella leyenda está escrita a imitación de este poema. Por lo demás, Palma siempre recordó el consejo del insigne colombiano como decisivo en su formación. En carta tan conocida a Luis Capella Toledo le dice:

"Recibí, mi General y amigo, su estimable carta de 19 de enero de 1880 y con ella el precioso autógrafo de mi amigo y maestro Julio Arboleda. Era yo casi un niño cuando conocí a don Julio en la redacción de "El Intérprete", diario de Lima en el que era yo, a la vez que estudiaba en el colegio y escribía mis primeros versos, ayudante del cronista". "...don Julio —continúa recordando— me tomó gran cariño y me obligaba a ir por las noches a su casa, donde me daba lecciones de inglés. Ya ve usted que tengo motivos para que la memoria de don Julio me sea muy querida."

Se explica el ascendiente de Arboleda con el ejemplo del poema "Gonzalo de Oyón", si se recuerda que su mejor elogio proviene de don Marcelino Menéndez y Pelayo, al calificarlo como "el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica". En verdad, reviste una fuerza de expresión cuya sonoridad era desconocida y en él se tratan, a veces con delicadas comparaciones y otras con vigorosos y apasionados alardes, al impulso de una inspiración sin limitaciones, los cuatro temas que compendian el idealismo romántico: el amor, el paisaje, la patria y la religión.

Algunas de sus estrofas merecen recordarse y mencionar, de paso, que muchas fueron escritas en Lima:

"Hay un valle feliz: su tierra ondula
en continuas y plácidas colinas,
que la brisa al pasar besa y adula;
por ese valle en ondas cristalinas
el agua precipítase y circula
serpeando entre flores purpurinas;
y al fin de aquel Edén verde y riente
la ilustre Popayán alza la frente.

.....

Y más allá, como inmortal gigante,
alza la frente el Puracé sublime;
a veces terso, cándido, brillante,
sus anchas basas en silencio oprime;
otras, envuelto en nubes, retumbante,
arroja el fuego que en sus antros gime,
y en sus esfuerzos, o estremece el suelo,
o incendia en llamas la extensión del cielo.

.....

Aquí la vasta cordillera empina
en fantásticos riscos su cadena;
allí en vaivén, elástica se inclina
sobre el tallo gentil de la azucena,

la flor ante la brisa matutina;
 acá el arroyo por la selva suena;
 y vese el llano y su pintada alfombra
 que interceptan los montes con su sombra.

Y la fruta silvestre, donde toma
 su grato olor la brisa pasajera
 para mezc'ar al de la flor su aroma;
 y el canto de la tórtola agorera,
 cuando la noche en el Oriente asoma;
 y el variado matiz de la pradera,
 que gusto, olfato, oído, vista halagan,
 y deleitando el cuerpo, el alma embriagan.

Hay en el corazón de la montaña
 rauda torrente, que de breña en breña,
 de una sima a otra sima se despeña,
 y como en un sepulcro va a correr.
 Ronco rodando, y turbulento siempre,
 estrella sus hirvientes borbotones
 sobre enormes y negros pedrejones,
 y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
 que al abismo frenéticas descienden,
 aquellas nieblas móviles extienden
 un velo denso de flotante tul;
 y al través de sus pliegues misteriosos
 vese relampaguear la catarata
 cuando, en rápida ráfaga, desata
 y mece el viento el cortinaje azul.

Es el primer delito como el lurté
 que el huracán de los nevados lanza:
 rueda! y en cada giro crece, avanza,
 en mole, y movimiento, y solidez.
 Rueda! de cumbre en cumbre despeñado,
 las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
 hasta que al fin le rompe y despedaza
 con estrago, su propia rapidez."

En otra describe a su heroína, Pubenza:

"Dulce como la parda cervatilla
 que el cuello tiende entre el nativo helecho
 y a la vista del can, yace en acecho
 con sus ojos de púdico temor:
 pura como la cándida paloma
 que de la fuente límpida al murmullo,
 oye, al beber, el inocente arrullo,
 primer anuncio de ignorado amor.

Bella como la rosa, que temprana,
 al despuntar benigna primavera,
 modesta ostenta, virginal, primera,
 su belleza en el campo, sin rival;
 tierna como la tórtola amorosa
 que arrulla viüda, y de su bien perdido,
 la dura ausencia en solitario nido
 llora, y lamenta su incurable mal."
 (5).

Mas a las calidades anotadas, agrégase el gusto por el motivo nacional, por el episodio histórico propio, por el paisaje nativo, —de cuyos tópicos es acabada muestra el *Gonzalo*—, separándose de la costumbre imperante de inspirarse en personajes remotos y en escenarios desconocidos. De esta última, es buen ejemplo el ensayo juvenil de Manuel Nico'ás Corpancho, ya mencionado, "La Cruz del Bardo" y la diferencia se aprecia al compararlo con los poemas de Palma y de Márquez y hasta con el del propio Corpancho "Magallanes", con el que incursionó luego por mares y parajes más próximos, más reales, que el ambiente medieval de su primer ensayo y de su subsecuente drama.

El paso de Arboleda, no obstante su brevedad, es brillante como el de un meteoro y tal vez si representa, el mayor impulso de la transformación romántica en materia de convencionalismos y de olvido de la imitación servil y pobre de la antigüedad, con su ejemp'o directo y eficiente de restauración de las tradiciones nacionales y con la novedad y la libertad propia de su imaginación y de su énfasis vibrante.

Y su presencia en el Perú coincide no sólo con el nacimiento a la vida literaria de una nueva generación sino con el instante propicio de la afirmación de una conciencia nacional que encuentra en las modalidades de la escuela romántica el cauce amplio y sin represas para el torrente de su inspiración. Ya lo dijo Salaverry:

"El clasicismo no es otra cosa que el despotismo del precepto literario y la poesía de nuestros jóvenes vates, el canto de la América, no puede someterse a otro yugo que el de la razón ni a otra ley que la de la naturaleza ni a otro imperio que al del genio de la libertad!" (6).

Es bueno recordar que el 28 de julio era la ocasión propicia para un desborde lírico del cual quedan como ejemplo —en oposición al españolismo bravío de Fernando Velarde y sus agresivas estrofas "Al pabellón español!"— los versos de Corpancho "El veintiocho de julio"; los de Palma "A mi Patria, en el aniversario de la Independencia", en 1850; "Recuerdos Históricos" aparecidos en "El Intérprete" y en "El Comercio" en 1852; "En el 28 de Julio",

(5) José J. Ortega Torres, "Historia de la Literatura Colombiana", Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1934, p. 180.

(6) Cfr. V. García Calderón, Biblioteca de Cultura Peruana, París, Desclée de Brouwer, 1938, T. 8º, "Los Románticos", p. 11.

en 1854; y en 1853 la "Corona patriótica", en la que anota: "Hijo de América, he saludado el sol de julio, el sol de la libertad y mi fe de cristiano ha consagrado al santo de Israel un himno que vibra en lo más íntimo de mi corazón". En 1855, se estrena "El pabellón peruano" de Luis Benjamín Cisneros. El tema nacional aparece entonces en toda su antes desconocida magnitud, ya sea en la riquísima tradición colonial cautivante con el oro de sus cortes virreynales, henchida del misterio de sus santos, apasionante con sus intrigas de amores ocultos, épica en las cruentas aventuras de las guerras civiles y de la afirmación de la conquista; o remontándose unos siglos más, hasta alcanzar la época imperial y la mítica existencia de pueblos y naciones indígenas, cuyos personajes tenían ya consagrado un arquetipo tan atrayente en la *Atala* de Chateaubriand, antecedentes inmediato de la *Pubenza* de Arboleda y de la heroína de "Flor de los Cielos" de Palma. Puede volverse a citar, en este momento, el poema de Márquez "Manco Capac", el drama de Salaverry "Atahualpa", escrito en 1854, y la novela "Gonzalo Pizarro", de Manuel A. Segura (1856 ?). A título de anécdota, también cabe recordar que, como Secretario de la Legación granadina en Lima, que regentaba Mariano Arosemena, llegó en esos mismos años Felipe Pérez, cuya "Geografía General de Colombia" le daría merecida fama, pero que en el Perú se encaminó por otros rumbos atraído por las leyendas incaicas, con las cuales compuso una serie de novelas históricas: "Atahualpa", "Huaina Capac", "Tupac Amaru", "Los Pizarro" y "Jilma" —continuación de la anterior—, para terminar con un drama en verso y en cinco actos, "Gonzalo Pizarro", editado en 1857 y puesto en escena al año siguiente en Bogotá, con gran éxito al decir de las crónicas de entonces. Justo es también hacer mención que la "Historia de la Conquista del Perú" de Guillermo H. Prescott, con sus "Observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas" que abarcan casi una quinta parte de la obra, había alcanzado en 1854 su segunda edición en español, habiendo sido la primera de 1847-48, y que su amable, por romántica y liberal, descripción de las costumbres indígenas, servía para revivir el cuadro maestro del Inca Garcilaso, cuya lectura había permanecido interdicta en las últimas décadas del Virreynato. Este interés puesto al día con la aparición de las "Antigüedades Peruanas" de Mariano E. de Rivero y J. D. Tchudi, movería a Lorente para redactar su "Historia Antigua del Perú", escrita en esa misma década, y, al parecer, la primera síntesis didáctica publicada entre nosotros, simultáneamente con el "Compendio" de Manuel Bilbao.

Representó Arboleda, como queda dicho, un ejemplo vivo del nuevo espíritu y es éste, seguramente, el aspecto más interesante de su estancia en Lima: Fué por el atractivo de su múltiple personalidad, de su amplia cultura, de su genio literario, de su estro poético y, además, por su versión tan singular de las nuevas formas románticas, que debió tener un ascendiente muy grande en los jóvenes de su tiempo y, particularmente, en Palma.

Como sucede con frecuencia, se ha exagerado también en este punto

y se ha llegado a afirmar, desarrollando más allá de lo justo el pensamiento de Jorge Guillermo Leguía, que Arboleda al "leerle el *Gonzalo* le mostró el verdadero camino de su gloria literaria: la tradición". La verdad es que, al dejar Lima el poeta colombiano, Palma sólo había intentado tres o cuatro veces esbozar unas leyendas o cuentos con cierto fundamento histórico que estaban muy distantes de ser lo que, muchos años después, serían las tradiciones propiamente dichas.

Quiere decir, así, que la influencia de Arboleda tuvo antes que una orientación tan específica, un sentido más amplio y genérico: desarrolló el gusto por el tema vernáculo, orientándolo hacia la leyenda histórica, con mayor preferencia por la narración épica o semi-épica que por la poesía lírica —que él tenía a menos entre sus producciones— o por la dramática —a la cual no dedicó su inspiración—. En todo caso, su presencia en Lima coincidió con los primeros ensayos de Palma, "Flor de los Cielos", "Recuerdos Históricos", "Corona Patriótica", algunas de sus leyendas en prosa, y, quizá si lo más llamativo, con el abandono definitivo, a pesar de su debilidad por el teatro y de los aparentes éxitos obtenidos, de la producción dramática, que —salvo los juguetes cómicos a los que me referiré más adelante— se clausura con "Rodil", escrito en 1851.

Desde otro punto de vista, Arboleda representa una contribución indirecta con un mejor conocimiento o, si se quiere, una mejor comprensión de Zorrilla y de Espronceda, de quien ya se ha dicho que había recogido la preferencia por las octavas reales; y además un trato más inmediato con la poesía inglesa y la italiana, de las cuales, según confesión de Palma, éste y Salaverry "traducían con infinito trabajo a Shakespeare y Byron, Dante y el Tasso", mientras que el granadino dominaba esos idiomas —justamente esos dos— con bastante maestría. Es natural deducir, luego, que Walter Scott debió tener en Arboleda un ardoroso partidario y un buen difusor de su lectura, en la que se halla, según Riva-Agüero, el modelo de toda novela histórica romántica y basada en el folk-lore.

Tan sólo llama la atención que Palma no cite sino muy indirectamente al colombiano, pero igual omisión cabe anotar con relación a muchos otros de su tiempo y, singularmente, a Manuel A. Fuentes, cuya sala de redacción de "El Mercurio" reunía a un pequeño areópago formado por "Sergio Arboleda, notable publicista colombiano —hermano de Julio y desterrado por segunda vez en 1864—, Juan Vicente Camacho —el venezolano de tan fecunda acción en el Perú—, Arnaldo Márquez y yo; funcionando como cronistas y correctores de pruebas, un chileno, Pancho Jorquera mozo de muchísimo humor, y Asisclo Villarán, que, por entonces, entiendo que pertenecía a una sociedad de temperancia. Ni por bufonada olía el mostoverde" (7).

Frente a este silencio, se puede oponer otro tipo de citas. En efecto, el poema, tantas veces mencionado, "Flor de los Cielos", se publica, después de su primitiva aparición, en "Poesías de D. Manuel R. Palma", dedicado "a

(7) R. Palma, "Tradiciones peruanas completas", Aguilar S. A. de Ediciones, Madrid, 1953, segunda edición, p. 1415.

Julio Arboleda en prenda de fraternidad y cariño”, en 1855. Más tarde, en “Pasionarias” (1870) también se incluye y, ya muerto el poeta granadino, la dedicatoria dice “A mi amigo y maestro Julio Arboleda”. Luego se reproduce en “América Poética”, la selección publicada en 1874 por José Domingo Cortés; y, al parecer por última vez, en “Poesías de Ricardo Palma”, incorporado a “Juvenilia”, en 1887. También aquí sigue ofrecido “a mi amigo y maestro Julio Arboleda”. Dos años después, al revisar el tradicionista su producción literaria dispersa en diarios y revistas, encontró su creación juvenil y anotó al margen:

“Esta leyenda mía es bien malita. R. P. (1889)”. (8).

En apoyo de estas consideraciones bastaría agregar el testimonio de Angélica Palma, en quien, a impulso del amor filial y de la devoción hacia el padre, se produjo una maravillosa transmigración que la convirtió en un relicario viviente en el cual siguieron aientando la memoria y los recuerdos de don Ricardo. Según Angélica, Palma, tuvo por Arboleda cariño de discípulo y agrega “Persistió el afecto y creció la admiración con el transcurso de los años. En *Armonías*, su segundo volumen de versos, protesta Palma con dolorido e indignado acento del asesinato de Arboleda”. Las circunstancias que rodearon ese siniestro atentado, del cual parece que la víctima tenía recóndita premonición:

“pero ya que matais, matad de balde...
Y ved; no me asecheis en los caminos
con viles y cobardes asesinos;
la bala que de frente me señala
mata tan bien como cualquiera bala”, (9).

perpetrado por criminales a sueldo y por la espalda, en la misma sombría montaña de Berruecos que había sido testigo de la muerte de Sucre, conmovió hondamente a su amigo —desterrado en Chile— cuya reacción, dentro de su lirismo, es de violenta imprecación:

“En la estrecha montaña que una tarde
regara con su sangre generosa
el héroe de Ayacucho, misteriosa
y traidora, y cobarde,
para mengua del suelo granadino,
la mano alza otra vez un asesino.
De la sublime democracia en nombre,
que acepta al bueno, que rechaza al malo,
se ha asesinado a un hombre...
al cantor de Pubenza y de Gonzalo!
¡Eso dirá la Historia!

(8) “El Intérprete del Pueblo”, Lima, edición del 10 de mayo de 1852 (Biblioteca Nacional de Lima).

(9) Cfr. M. A. Caro, op. cit., p. 103.

Y el pueblo colombiano será reo
 si en él no se alza un nuevo Macabeo,
 que reivindique su empañada gloria
 y esa página borre infamatoria.
 Si hay turba que el delito deifica
 de la guerra civil en la tormenta
 coronando asesinos,
 vendrá el rayo de Dios que purifica;
 porque El, en su justicia, toma cuenta
 también a una nación, ¡oh granadinos!
 ¡No! No puede Colombia
 soportar en silencio el torpe crimen,
 que a protestar de tanta villanía
 Bolívar de su tumba se alzaría.
 La noble democracia no consiente
 el comprado trabuco del bandido
 que ella siempre ha vencido
 en combate leal, y frente a frente.

Esta composición fué siempre grata a su autor, con cuyos ecos rendía permanente tributo de amistad al héroe desaparecido y, por eso, la reproduce en la "Revista de Sud América", en 1865; en "Armonías", el propio año; en "Parnaso Peruano" y en "América Poética", de José Domingo Cortés, en 1871 y 1874, respectivamente, y, por último, en "Poesías", en 1887; para aparecer, una vez más, ya en recopilación póstuma, en "El Palma de la Juventud", que su hija Angélica publicó en 1922.

La importancia de ese aporte atribuido a Arboleda en relación con el descubrimiento del paisaje y del personaje americanos, conjuga con su preferencia por lo épico con dejadez de lo lírico y de lo dramático —ciñéndonos a la clásica división de los géneros literarios— si se acepta que, en la esencia misma de la modalidad épica, existe un predominio del elemento objetivo en el proceso creador. Y nada más ajeno, diferente y externo que el acaecer histórico y que el panorama, que actúan como elementos exógenos muy diferenciados y anuncian, ya en esta primera etapa, lo que vendría a ser el desarrollo de la literatura americana en todo el Siglo XIX y, más adelante, en el XX, cuando el paisaje adquiere la fuerza de un personaje telúrico, ante cuya extraordinaria gravitación pierden contornos y vigencia los seres humanos que a su alrededor circulan.

Frente a la lírica y al drama que no sólo son inactuales sino también —en sus plagios de las fórmulas europeas— manifiestamente inespaciales e intemporales, lo épico aporta un elemento fijador en el tiempo — en su tiempo— y en el espacio. Así resulta un estilo o, si se quiere, un subgénero que no sólo es objetivo sino auténtico. Este es el mérito de Arboleda.

Antes de él, Olmedo sólo trasluce la influencia de Quintana. Felipe Pardo es anterior al romanticismo y, por su formación, es un clásico y, más aún, un clásico español, a pesar de su espíritu festivo. Segura no pasa de ser

un poeta popular que ni alcanza el dominio de las formas áticas ni puede ser considerado un romántico. En cambio, Arboleda sí representa una versión del movimiento romántico, al que imprime un acento americano en todo lo que aquél significa afición al pasado y una constante mirada retrospectiva, pero circunscrita al tema local, más cercano, más propio.

Coíncidentemente, se puede recordar que bajo el peso del tabú colonial impuesto a la imaginación, el ímpetu romántico encuentra ancho horizonte en el motivo histórico y en los movimientos épicos: Mediante esta forma de creación se cumple con ser romántico y, simultáneamente, se acata el imperativo ancestral. No se imagina, tan sólo se recuerda. Es así como aparece, en su primitiva forma de leyenda histórica, en prosa o en verso, lo que, por una evolución posterior y el agregado de otros elementos, vendría a ser la tradición, el más genuino fruto del romanticismo en el Perú y en América, por obra y gracia del mejor artífice: don Ricardo Palma.

Digo en América porque la "tradición", tal como Palma la concibe, la ejecuta y la cultiva constituye una especie literaria que no sólo se difunde en todo el continente sino que representa el mejor medio de expresión de estas repúblicas, balbucentes y contradictorias, que practican la autocrítica mediante la sonrisa y la democracia a fuerza de "pronunciamientos". Por una paradoja más, el espíritu satírico brota entonces, como la síntesis imposible entre el fatalista conformismo indígena y la hispánica apetencia de poder y de gloria; de su oposición, como del rechazo de los polos eléctricos, surge la sátira. Esta es, por eso, un producto típicamente criollo antes que mestizo —lo mestizo es la resultante de la fusión y lo criollo, como el fenómeno físico, es una yuxtaposición—. Y es, igualmente, un producto americano, siendo notable comprobar como en cada una de nuestras capitales se presume de una mayor capacidad para el comentario irónico o la respuesta mordaz, llámese "lisura" limeña, gracia o chiste en Santiago o Bogotá, o "sal quiteña", con un estilo que es diferente en su forma y en sus causas de la picaresca española, por mucho que ésta se encuentre entre sus ascendientes más o menos reconocidos.

Como observa Mariátegui, y la frase acuñada para Lima vale en estas naciones incipientes,

"Toda su inquietud, toda su rebeldía, se resolvían en el chiste, la murmuración y el epigrama. Y esto es precisamente lo que encuentra su expresión literaria en la prosa socarrona de las *Tradiciones*".

Con trazo certero, Raúl Porras se refiere al origen de la sátira, como se presenta en Palma que es su más acabado orfebre, diciendo:

"Tuvimos patria y república en solfa, Independizados los pueblos de América, derrumbado el edificio social y político de la colonia, se quiso construir en tres días sobre las ruinas recientes. Se improvisó leyes y hombres, como se había improvisado discursos. Y nacieron nuestras democracias chirles gobernadas por reclutas con entorchados y por tinterillos con nombres de ministros. La vida re-

publicana tuvo mucho de bufo y de arlequinesco. Saturada de ideas y de principios los más avanzados en la democracia, contrastó enormemente con el atraso y la incultura del pueblo. Las prácticas democráticas que son las que más exigen educación y moralidad puestas en manos de nuestro pueblo, tuvieron algo de simiesco y teatral. El ensayo de república fracasó, pues, en la práctica como en las demás repúblicas sudamericanas. La transición del coloniaje a la república, del absolutismo a la libertad, fué demasiado brusca. Y de la oposición entre el brillante lirismo de las doctrinas y la burda visión de la realidad nació un contraste propicio para la sátira" (10).

Estas expresiones se aplican en cualquier país de América española; y haciendo un breve giro para enfocar el mismo asunto desde otro mirador, se puede aceptar que la razón está de parte de Mariátegui cuando sostiene que en estas Repúblicas "la aristocracia colonial y monárquica se metamorfoseó, formalmente, en burguesía republicana. El régimen económico-social de la colonia se adaptó externamente a las instituciones creadas por la revolución. Pero lo saturó de su espíritu colonial. Bajo un frío liberalismo de etiqueta, latía en esta casta la nostalgia del Virreynato perdido" (11).

Hubo, no hay duda, una vez más, frustración en lo político y en lo social, y como fruto literario surgió esta nueva forma criolla de la sátira, tal vez reminiscente, más bien, decepcionada, inconforme e inadaptada.

Además, el fermento romántico aliñó muy cabalmente esa proclividad para la sonrisa con rictus de sorna, si, como dice Unamuno, el burlarse suele ser un modo de llorar, ya que la burla es el estilo de las almas desesperadas.

Probable es que ningún clima pudo resultar más favorable que el de Lima para que se diese como floración propia el estilo de la *tradicón*, pero me inclino a pensar que fué, al mismo tiempo, un estilo que, por los motivos ya anotados, se ceñía muy a la medida a un estado de espíritu común a casi todos los países al Sur de Río Grande y a un momento de la evolución histórica en el cual aún no se había producido la diferenciación nacional de las circunscripciones territoriales segregadas de la metrópoli. En todas ellas existía ese personaje colectivo que campea en la mente de Palma y que aún cuando cambia de ropajes para presentarse a veces como capitán de la conquista, como oidor de la Real Audiencia, quizá como prelado o Arzobispo, las menos como general de la Emancipación, es siempre un mismo actor, ya conocido en el escenario de todos nuestros pueblos, sujetos, cual más, cual menos, a un mismo proceso de agotamiento después de una lucha superior a su capacidad de resistencia psíquica; temerosos de reconocer que la "gesta" había sido, por lo menos, prematura; imposibilitados —cual nuevos "emigrados"— de todo retorno, pero que no dejaban, de soslayo o a hurtadillas, de mirar al pasado, cada vez más lejano y por ende menos malo y, a la moda, muy romántico.

(10) R. Porras Barrenechea, Patronato del Libro Peruano, Segundo Festival, Valverde S. A., Lima, 1957, T. X, "Satíricos y Costumbristas", p. 11.

(11) J. C. Mariátegui, "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", segunda edición, Biblioteca Amauta, Lima, 1953, p. 192.

De paso, cabe anotar cómo fué de importante acertar con el nombre, para darle un sentido realista. Claro está que, en puridad de verdad, *la tradición* se refugió en lo histórico para tener algo de realista, lo que hubiera perdido de titularse, simplemente, leyenda, romance o cuento. Así, también, mediante este cuasi-realismo, resultó más fiel al romanticismo, aún cuando como todo el movimiento romántico de América, esta fidelidad fué más superficial que profunda y no pasó, en definitiva, de ser formal e intrascendente.

Que la *tradición* prende en toda América es ya un lugar común y no es mi propósito hacer una confrontación erudita o bibliográfica. De México a la Argentina estuvo en boga el verbo *tradicionar*, cuya conjugación se inició en el Perú. Y como prueba, me remito al autorizado artículo de Clemente Palma (12).

Para la expansión del nuevo género coincidieron, favorablemente, la tendencia romántica, de un lado, y, de otro, el evidente condominio *pro indiviso* de un mismo acervo en materia de personajes y de tipos —en la colonia, en la emancipación y en la república—, de fermento criollo y de espíritu satírico. Palma anota esta similitud y así resalta en las páginas de su *Epistolario*:

“Volviendo a su tomo de “Tradiciones y leyendas mexicanas” diré a usted —el dicho está destinado a Vicente Riva Palacio— que Lima y México se parecen como dos gotas de agua en punto a consejas populares. Nuestro Zelenque es el D. Juan Manuel de ustedes. “La mujer herrada” es leyenda también de mi tierra. La “Cita en la Catedral” —preciosamente versificada— nos es familiar. El barquichuelo de la “Mulata de Córdova” es el mismo en que se embarcó nuestra Inés la voladora para burlarse de un inquisidor”.

En otra agrega:

“Su tradición “Consultar con la almohada”, está deliciosamente ejecutada. Pero, sabe Ud. amigo mío? Esa tradición es también peruana. Nosotros la tenemos, siendo el protagonista un Obispo del Cuzco. Yo la borronée, entre otras que no consideré en mi libro, con el título “Lo que pesa en oro en Oropesa”.

Y más allá, emite este juicio cuya aplicación puede extenderse al ambiente de cualquiera de las antiguas capitanías:

“México y el Perú son gemelos, en todo lo que se relaciona con los tiempos del coloniaje: el mismo fanatismo, la misma argolla de siervo, las mismas preocupaciones e idénticas costumbres sociales”.

Esta similitud se prolonga hasta el presente en materia de epigramas y de consejas y es muy típico el caso del General B***, a quien en Quito y Bogotá le asignan las mismas ocurrencias a lo Sancho o a lo Bertoldo que

(12) C. Palma, “La tradición, los tradicionistas y las cosas de don Ricardo Palma”, en “Ricardo Palma 1833-1933”, Sociedad Amigos de Palma, Lima, C. I. P., 1934, p. 217 y ss.

en Lima se atribuyen al General C***. Razón tenía D. Ricardo cuando afirmaba:

“En nuestras hoy más o menos notables capitales de Sud América, Buenos Aires, Bogotá, Quito y Lima, se vivió esa vida y la chismografía hizo, sino la historia la tradición que no es despreciable auxiliar de aquella” (13).

II

VOCACION, CORRESPONDENCIA Y POLEMICA

Mantuvo Palma con los demás países de América un contacto permanente y una honda y perdurable vinculación espiritual. Su sentido vital, tan profundamente peruano, era, al mismo tiempo, universal y por lo mismo, pero antes, dentro de una progresión concéntrica de afectos y preocupaciones, americano.

Su carrera humana nos muestra cuán intenso era su interés por las cosas de allende las fronteras y, si bien no alcanzó a tener un conocimiento muy extenso de otras tierras —a pesar de su temprana permanencia en el Ecuador y en Chile y de sus viajes a Europa—, en cambio si lo tuvo de los hombres que, durante la segunda mitad del siglo XIX, poblaron esta América nuestra. Su epistolario es la muestra más cabal del diálogo cordial que Palma sostiene de un confín al otro, con todos aquellos que representan el valor perdurable de la inteligencia.

Cierto es que, en su beneficio, por el Perú de esos años pasaba el meridiano de América; que esa mitad decimonónica es la de Palma y, también, la de Castilla, con el ferrocarril y el primer vapor; la de Prado y el 2 de mayo; la de Balta y la de Meiggs; y que el esplendor de las “consignaciones” permitió no sólo la riqueza falaz y la Exposición Nacional y su Palacio, sino el resurgimiento de un ambiente propicio al mecenazgo en lo artístico y hospitalario y liberal en lo político; y convirtió a Lima en punto de reunión de escritores y poetas trashumantes, de caudillos desterrados, de políticos en espera de mejores horas, venidos con el anhelo de ser testigos del advenimiento del primer gobierno civil, que el Perú aguardaba después de cincuenta años.

Con acierto y con amor, Rafael Heliodoro Valle en el pórtico del segundo tomo del Epistolario habla del “mundo americano” del tradicionista.

A ese mundo americano, de cuyas inquietudes estaba pendiente, logró darle un estilo y una forma de expresión, gracias al hallazgo que le dió justo renombre.

Con la *tradición*, Palma acertó a componer aquello cuya ausencia señalaba en sus años de juventud: “Un himno que llama a la unión de nuestras nacionalidades”.

La comunidad de espíritu, engendrada por el idioma, fué una meta

(13) R. Palma, “Epistolario”, Editorial Cultura Antártica, Lima, 1949, T. I., pp. 125, 127, 339 y 346.

perseguida con vocación profunda y un tema sobre el que volvía una y otra vez con reiteración indeclinable. Basta con recordar su proyecto de realizar el "Parnaso Americano" que la amenaza de un conflicto con España posterga, en el cual "mi comisión —dice con modestia— se reducía a subministrar los trabajos de los poetas argentinos, chilenos y bolivianos. Lozano (Abigail) ha reunido lo relativo a los colombianos y Corpancho (Manuel Nicolás), que se halla en México como Ministro del Perú, me comunica por el último vapor, que cuenta ya con lo más escogido de las producciones mexicana y habanera". Años después, este intento se logró parcialmente en la "Lira Americana", publicada en París en 1865 (14).

Y aún cuando no tenga otro motivo que la curiosidad, está siempre con la mirada tendida sobre su mundo: "No veo en las prensas de Chile, Bolivia, Colombia y el Perú ni el anuncio de un libro nuevo".

Su pasión bibliográfica tiene constantes específicas y una de ellas es su cervantofilia, pero siempre dentro del matiz continental, que lo lleva a indagar todo cuanto dice en relación al Quijote y a las Indias.

Pero, por encima de todo, es un convencido de que "en América vivimos enamorados de la lengua y se le tributa entusiasta culto" por lo que "todo buen español debe agradecer a los americanos la pasión, diré mejor, la manía que tenemos por la pureza del idioma".

En esta materia, el criterio de Palma es muy conocido, ya que debió librar incesante batalla para dar al idioma la plasticidad y elasticidad necesarias, todo ello sin mengua de lo castizo, a fin de que el diccionario no fuera un cartabón demasiado estrecho ni la Academia la encargada de tender un cordón sanitario entre España y América. Pero esa lucha la empeñó en nombre de América y a los vocablos consagrados por el uso les llamó "americanismo" en oposición al despectivo tratamiento de "ripios ultramarinos" asignado por Valbuena.

Sobre estos tópicos, merecen especial mención las cartas cambiadas con Aníbal Galindo, reproducidas tanto en los "Recuerdos Históricos" del colombiano como en el Epistolario palmeano; y, naturalmente, su admiración por Cuervo, a quien cita a la par que a Bello y que a Montalvo; y por Caro, de cual dice que "maneja el idioma como Menéndez Peñayo, como la Pardo Bazán y como D. Juan Valera" (15).

Se llega, así, a este rincón, envuelto todavía en cierta penumbra de su archivo epistolar en el que, a guisa de dato curioso para los que quieran profundizar el tema, es bueno recordar que entre los tomos, tan pulcramente catalogados y ordenados, hay uno de "Correspondencia literaria" que abarca los años 1883 a 1889, que comprende 130 cartas, todas de sus interlocutores colombianos, entre los cuales, además de los más notorios, como Rufino J. Cuervo y José Asunción Silva, figuran tantos otros ya que —como recuerda

(14) *Ibid.*, p. 10.

(15) Acerca de la obra de Cuervo, es pertinente citar la carta de Palma, de 6 de marzo de 1912, reproducida por Fray Pedro Fabo en el T. II de su obra "Rufino José Cuervo y la lengua castellana". Bogotá, Arboleda y Valencia, 1912.

Capella Toledo— “ no hay una sola carta de Palma de tantas que tenemos en nuestro poder, en que no nos hable con marcado interés de Caro, Pombo, Becerra, Sergio Arboleda, Carrasquilla, Guzmán, Galindo, Rivas Groot, Santiago, Lázaro María y Felipe Pérez, Samper, Adriano Pérez, etc. etc.” (16).

Cabe recordar que, después de Arboleda, tuvo otro particular amigo colombiano, José María Torres Caicedo, de quien había merecido elogiosa crítica —virtual presentación en el mundo de las letras— en sus “*Ensayos*” de crítica literaria publicados en París en 1864 y que, al año siguiente, escribe el prólogo para “*Armonías*”, editado por la Librería de Ch. Bouret. El encuentro de ambos estuvo revestido de tan singulares contornos que es mejor dejar al propio Palma el relato, tal como aparece en carta escrita veinticinco años después:

“Antes de ir yo a Europa sostenía correspondencia con Torres Caicedo que era por entonces director de *El Correo de Ultramar*. Desde Londres le escribí yo a París, anunciándole el día y hora en que debía llegar yo a esa Capital, y me contestó que me esperaría en la estación del ferrocarril, pues deseaba que comiésemos juntos el primer día de mi permanencia en París. Aquí empieza el romance. Llego a París a las cinco de la tarde, no encuentro al amigo en el lugar de la cita, envío mi maleta a un hotel, tomo un coche y doy la dirección: *rue Saint Lazare*, que era la de Torres Caicedo. Llego, me recibe un criado con aire sombrío, le pregunto por su patrón, me contesta que se halla en casa pero que no está visible. Contéstole con cierta petulancia: —Para mi no esta invisible; pásele esta tarjeta. Vacila el criado, pero, al fin, me obedece. Un minuto después, sale un hombre joven y se arroja llorando en mis brazos, y sin decirme palabra me conduce a otra habitación. En ella, alumbrado por cuatro cirios, estaba el cadáver de una joven de 22 años. No necesité explicaciones para adivinar lo que pasaba. Era la amada de Torres Caicedo, que había muerto casi repentinamente seis horas antes. Torres Caicedo, que no fué jamás libertino, había sido el primer amor de esta niña con la que vivía conyugalmente hacía tres años. Según sus retratos era una bellísima criatura, hábil pianista y no menos hábil pintora. Torres Caicedo me contaba después que, a haber tenido un hijo en ella, se habría casado sin vacilar. Mi amigo estuvo más de seis meses inconsolable. En el folletín del *Correo* apareció, por entonces, una Corona fúnebre a la memoria de Mme. Geneveva de Charny, corona en la que escribieron varios poetas franceses y muchos americanos. Las estrofas que yo escribí las encontrará usted en mis *Armonías*, tomito que publiqué aquel año en París. . . . Torres Caicedo era más bueno que el pan tierno. Nobilísimo corazón y robusto cerebro. La noticia de su muerte me impresionó infinito. Era uno de mis más queridos amigos literarios, como lo son usted (Francisco Sosa) y Riva Palacio, y Tamayo y la Gorriti, y Carlos Robinet y otra media docena, con quienes no pasa mes sin que cambiemos carta.” (17).

(16) El General Luis Capella Toledo fué autor de unas leyendas colombianas escrita a la manera de las tradiciones.

(17) R. Palma, “Epistolario”, op. cit., p. 228.

Un año después, la agresión española convocaba a los ejércitos de cuatro naciones libres y la bahía del Callao era testigo de la última de las batallas de la independencia americana. Ante el ataque inminente, se ofrecieron voluntarios por doquier; entre ellos, los colombianos José Cornelio Borda y Leonardo Canal, ingeniero el primero, general el segundo. Aquel cooperó activamente con los esfuerzos del General Mariano Ignacio Prado para fortificar la plaza del Callao; éste, se batió como simple soldado, al igual que otros compatriotas suyos. En la tarde del 2 de mayo de 1866, cual bronco clarín de victoria, volaba la torre de la Merced y sus escombros servían de humeante mausoleo para los restos confundidos de José Gálvez y José Cornelio Borda. La impresión causada por su sacrificio se trasluce en las páginas de la "Corona Fúnebre del Coronel D. José Cornelio Borda, ingeniero civil y militar, muerto gloriosamente en el combate del Callao contra la escuadra española", en la cual se incluye una poesía de Palma que lleva como título el nombre de héroe.

Otra gloria colombiana fué, asimismo, personaje central de la composición poética: "A Córdova". Esta estuvo dedicada a su amigo Aníbal Galindo, como lo fueron a otros colombianos ilustres algunas tradiciones y poesías: a Rafael Pombo, "Historia"; a Luis Capelía Toledo, "Una ceremonia en Jueves Santo"; a Ricardo Becerra, "El Demonio de los Andes"; a José María Torres Caicedo, "Justos y Pecadores", sin olvidar la primicia de su obra, "Flor de los Cielos" dedicada a Arboleda.

Amistad y estimación le merecieron, como ya se ha dicho, José María Samper y su esposa, Soledad Acosta de Samper, con la que compartió de un personaje, original del *Carnero* de Rodríguez Freile y cuyas peripecias narra Palma en "Ir por lana y volver trasquilado", cuando ocurrieron en Lima, antes de escapar a Santa Fé, donde lo recoge la galana pluma de la escritora bogotana. Doña Soledad, después de la permanencia en Lima, fué colaboradora de "El Perú Ilustrado", al lado de Clorinda Matto de Turner, y se volvió a encontrar con don Ricardo en España, en 1892, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, cuyas fiestas y pormenores describen la poetisa en su "Viaje a España" y el tradicionalista en sus "Recuerdos de España". En esa oportunidad conoce, también, al que más tarde sería notable Canciller, "el simpático jurista colombiano" José María Quijano Wallis, y al crítico y diplomático Antonio Gómez Restrepo, cuya sapiencia sólo puede ser comparada a la de Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez.

Con todos los citados, además de los vínculos de la cultura, se halla unido por amigos comunes, pues era crecido el número de colombianos que había pasado por Lima y, las más de las veces, alternado con Palma en la misma mesa de redacción. En efecto, la vida del periodismo, en la que se inicia niño aún, le puso en contacto —además de los muchos casos mencionados— con Justiniano de Zubiría, en "La Campana"; con Simón Martínez Izquierdo y Joaquín Suárez Lacroix, los galanos integrantes de "Los Bohemios de 1886" que describe Manuel Moncloa y Covarrubias; y con Ricardo

Becerra, colaborador de "La Patria", diario fundado y dirigido por José Casimiro Ulloa, y de "El Correo del Perú". Este escritor, "su tocayo, el de enfrente", como reza una de las dedicatorias, es uno de los que mantiene su amistad con Palma por encima de las vicisitudes y de las diferencias de otro orden: Había salido en defensa del peruano cuando "El Estandarte Católico", de Santiago, le acusó de plagio y, cuatro años antes, había corrido con el prólogo de la segunda serie de las *Tradiciones*, publicada en Lima en 1874; y aún cuando la guerra del Pacífico separó al uno del otro por la posición asumida por Becerra —ya distanciado por su intervención en la polémica sobre Monteagudo y Sánchez Carrión— la amistad volvió a anudarse a raíz de una carta que respira cariño y sinceridad: "... envió a Ud. un cordialísimo abrazo que espero me corresponda a vuelta de correo con la magnífica frase "decíamos ayer" de su hermano de letras Fray Luis de León. Muchas han sido las flaquezas y si Ud. quiere los pecados del corresponsal más no del amigo..." Con la respuesta de Palma, como no podía dejar de suceder, se reanudó el diálogo. No era hombre de sentimientos mezquinos y su patriotismo no se manchó jamás de xenofobia (18).

En cuanto a la polémica que desató la publicación del ensayo "Monteagudo y Sánchez Carrión" y cuya repercusión bibliográfica está exhaustivamente tratada por Guillermo Feliú Cruz en el segundo tomo de "En torno de Ricardo Palma", fácil es comprobar que el inflamado diálogo fué sostenido, principalmente, por escritores colombianos, de un lado, y por el autor del incendio, del otro. Entre los primeros, avivó grandemente el fuego, don Tomás Cipriano de Mosquera, el Gran General, con un folleto publicado poco antes de morir. Le siguieron don Simón B. O'Leary y Ricardo Becerra, desde las páginas del "Repertorio Colombiano" y de "Los Tiempos", de Santiago, respectivamente; y don Juan B. Pérez y Soto se encargó de compilar "todo lo que se ha escrito últimamente sobre la memoria del Gran Libertador" en una obra impresa en Lima y titulada "Defensa de Bolívar". Pero el calor de la discusión no paró hasta que la cosa no echó humo, como resulta del siguiente párrafo de una carta de don Ricardo:

"Yo bien sé —y por experiencia propia— lo peligroso que es tocar a los contemporáneos. Un trabajillo mío sobre Bolívar y Monteagudo (que habrá usted leído acaso al final de mi libro *Tradiciones*) provocó una polémica casi continental, polémica en la que a mi modesta personalidad no le dejaron hueso sano. Llegó la exaltación hasta la indignidad de quemar sobre el proscenio de un teatro de Colombia un monigote de madera y trapo, bautizado con el nombre de Ricardo Palma. En efígie he pasado por un auto de fe tan terrible como los que tan magistralmente describe Ud. en dos de sus novelas..." (19).

Asunto tan candente no podía perder su actualidad muy de inmediato, y entre los rescoldos que dejó está el folleto de Simón Chaux, rotulado "Bo-

(18) *Ibid.*, T. II., p. 307.

(19) *Ibid.*, T. I, p. 122.

lívar envenenador”, conteniendo la carta dirigida a Palma sobre aquel asunto, desde Bogotá, el 1º de octubre de 1908. El señor homónimo del héroe caraqueño era ya antiguo amigo de D. Ricardo, desde los días de Madrid, pues habían alternado en las conmemoraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América y —muy *fin de siècle*— en el congreso de librepensadores.

Y para poner punto a estos datos, presentados quizá con incongruencia, vienen a la memoria los versos a los que su autor bautizó como

MI ULTIMA TRADICION

De Bogotá arzobispo fué el señor Cuero,
que era un sabio y un santo de cuerpo entero.
El Domingo de Ramos, cuando él misaba,
la misa en un momento finiquitaba,
pues del largo Evangelio nunca leía
más de un par de versículos, y así decía:
—Perdona, evangelista, si más no leo.
Basta de p. . . *amplinadas* de San Mateo.

III

LOS MARAÑONES

En 1881, en el incendio de su casa de Miraflores junto con una biblioteca de 4000 volúmenes, desapareció el manuscrito de una novela que Palma tenía en preparación. De ella sólo se conoce el título y, vagamente, el tema general y, dentro de éste, la figura del principal personaje. Era una novela histórica, inspirada en las entradas y descubrimientos de los años de la conquista, de cuyas lejanas nieblas emergen los siniestros perfiles de hombres como Lope de Aguirre, cuya sola mención aterroriza, a la par que las nobilísimas figuras de quienes, como Pedro de Urzúa, representan las virtudes de un varón recto y de un castellano heroico.

En las “Siluetas” que traza Palma para delinear algunas semblanzas características de esos tiempos, se adelanta la de Lope de Aguirre el Traidor y allí se da a conocer algo de lo que, probablemente, fué el germen de su frustrado relato, perdido antes de haber sido concluído y que, por su extensión, no pudo, luego, ser rehecho. Debíó ser obra de aliento y el fruto de una cuidadosa investigación histórica, de una prolija recopilación de datos y pormenores, como se desprende de la proliferación de *tradiciones* relativas a las décadas del 30 al 60 del siglo XVI, los años de las conquistas de hombres y de tierras y de las luchas civiles, cuyos protagonistas —como el maestre de campo Francisco Carbajal, el Demonio de los Andes— son tan del gusto de don Ricardo.

No es de extrañar que una figura:

"...siempre a la vista despreciable, por ser mal encarado, muy pequeño de cuerpo; flaco de carnes, grande hab'ador, bullicioso y charlatán; en compañía ninguno más temerario ni solo más cobarde; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones y alborotos; y así en más de veinte años que vivió en el Perú, aunque su ejercicio era domar potros y hacer caballos, no hubo levantamientos ni motín en que no tuviese prenda... para que a costa de tanta sangre como derramó inhumano, quedase eterna la memoria de su bárbara impiedad, acreditándose de fiera entre los hombres",

llamase la atención de Palma y penetrando en su vida de violencia y de correrías inauditas, a pesar de que "asusta y da temblor de nervios asomarse al abismo de la conciencia de algunos hombres" como este Aguirre el Loco, terminase por componer una obra de mayor importancia, quizá la que, reclamada por Darío, tanto se ha echado de menos por quienes suponen que su producción pudo culminar en algo más que en una tradición. No es esa una opinión generalizada, felizmente, ya que novela alguna podría superar al género del que Palma fué creador, pero en gracia a la curiosidad del hecho, vale la pena anotar de donde obtuvo el material básico para su intento, a más de los cronistas generalmente conocidos.

En la "Silueta" mencionada, cuenta cómo Aguirre se juntó a la expedición que, en Moyobamba, preparaba el capitán Pedro de Urzúa, cuyas hazañas en el Nuevo Reino de Granada le habían granjeado positiva popularidad. Pensaba éste llegar a las riberas del Marañón, en busca de una tierra que, según sus noticias, era tan abundante en oro, que sus pobladores se acostaban sobre lechos del precioso metal. Esa tierra legendaria, en la que la mente codiciosa de los conquistadores asentaba el Dorado, tenía una existencia real en el alto Marañón, en el río Santiago, pero sus placeres auríferos eran menos importantes que lo imaginado por esos soñadores de riquezas. Tales ansias fueron el motor de las primeras entradas en los misterios de la Amazonía, iniciados a impulsos del Virrey de Lima. Moyobamba les sirvió de punto de partida en la conquista, en la misma forma que fué el núcleo de la expansión de Maynas durante la colonia y el centro del movimiento emancipador de esa Gobernación, llegada la hora de la Independencia, siempre dentro de la integración geográfica, de la jurisdicción política y del complejo nacional peruano (20).

Lope de Aguirre se presentó a Urzúa acompañado de una hija de once años y de una aragonesa, su manceba, llamada la Torralba. Don Pedro, a su vez, llevaba a su lado a la bellísima doña Inés de Atienza, limeña, hija del conquistador Blas de Atienza, limeño, favorito del Marqués Francisco Pizarro. Grande fué el número de los aventureros alistados bajo las banderas de Urzúa, pero las fatigas de la expedición terminaron por desmolarlos hasta que, encabezados por Aguirre, se alzaron contra Urzúa, asesinándolo en compañía de su dama. Los amotinados proclamaron general, primero, y luego, Prín-

(20) L. Ulloa, "La riqueza aurífera del río Santiago y de su zona", en "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", T. XXXIII, pp. 123-51 y 295-312 y T. XXXIV, p. 94-106.

cipe del Perú, a don Fernando de Guzmán, pero éste también fué traicionado por Aguirre, quien, seguido por doscientos ochenta bandidos, que él llamaba sus *marañones*, cometió toda suerte de crímenes hasta llegar a Venezuela, cuyos pueblos entregó al incendio y al saqueo.

La fuente de información acerca del capitán don Pedro de Urzúa la encuentro Palma en un curiosísimo cronicón conocido con el nombre extraño y poco menos que indescifrable de "Carnero de Bogotá", verdadero exponente del género picaresco adaptado al ambiente americano, relato escandaloso de alborotos y de episodios poco edificantes, del que fué autor Juan Rodríguez Freile. Su vulgarización se debió a la edición que en 1859 realizó Felipe Pérez —ya mencionado en otro capítulo y de quien sabemos que mantuvo relación de amistad con Palma, iniciada, seguramente, cuando aquel fué secretario de la Legación granadina en el Perú. Según anota con su indiscutida erudición don Antonio Gómez Restrepo, se ha especulado mucho sobre el nombre de "El Carnero" dado tradicionalmente al libro de Rodríguez Freile, pero la hipótesis más probable es que se le dió por analogía con el nombre de "becerro", con el que se conocían ciertos libros de catedrales y monasterios. En todo caso el apelativo vulgar y difundido es más fácil de retener que el título escogido por el autor, que reza así: "Conquista y descubrimiento del Nuevo Reyno de Granada de las Indias Occidentales del mar Océano y fundación de la ciudad de Santa Fé de Bogotá. Primera de este Reyno donde se fundó la Real Audiencia y Cancillería, siendo la cabeza se hizo Arzobispado. Cuéntase en ella su descubrimiento; algunas guerras civiles que había entre sus naturales; sus costumbres y gente, y de qué procedió este nombre tan celebrado del Dorado. Los generales, capitanes, y soldados que vinieron a su conquista, con todos los presidentes, oidores y visitadores que han sido de la Real Audiencia. Los Arzobispos, prebendados y dignidades que han sido de esta santa iglesia catedral, desde el año de 1539; que se fundó, hasta 1636, que esto se escribe; con algunos casos sucedidos en este Reyno que van en la historia para ejemplo y no para imitarlos por el daño de conciencia. Compuesto por Juan Rodríguez Freile, natural de esta ciudad y de los Freiles de Alcalá de Henares en los Reynos de España, cuyo padre fué de los primeros pobladores y conquistadores de este nuevo Reyno. Dirigido a la S. R. M. de Felipe IV, Rey de España, nuestro Rey y Señor Natural".

Según el citado crítico colombiano, "posiblemente no hubo en aquella época, en América, ningún libro por el estilo de *El Carnero*. Los otros cronistas e historiadores coloniales siguen las huellas de los maestros españoles. Quien reanudó el cultivo de ese género a varios siglos de distancia, y en escala mucho más amplia y con dotes literarios de un orden superior, fué don Ricardo Palma, con sus célebres *Tradiciones Peruanas*" (21).

Mayores y más directas noticias sobre Lope de Aguirre recogió Palma en las "Noticias Historiales de tierra firme en el Nuevo Reyno de Granada",

(21) A. Gómez Restrepo, "Historia de la Literatura Colombiana", op. cit., T. II, p. 170.

de Fray Pedro Simón y, sobre todo, en la Historia de Oviedo y Baños, otro hijo de Santa Fe, cuyo tío había sido el ilustre don Diego de Baños y Sotomayor, nacido en Lima, más tarde Obispo de Santa Marta y luego de Caracas; y que tuvo como primo al Conde la Granja, el poeta cantor de Santa Rosa y primero de ese título tan limeño, por nombre Luis Antonio de Oviedo y Herrera. En Lima vivió Oviedo y Baños, seguramente al lado de su primo, los años de su infancia y realizó parte de sus estudios. Su obra capital lleva un epígrafe que sólo cede en extensión al del Carnero, pues dice como sigue: "Historia de la conquista, y población de la provincia de Venezuela. Escrita por D. Joseph de Oviedo y Baños, vecino de la ciudad de Santiago de León de Caracas. Quien la consagra, y dedica a su hermano el señor D. Diego Antonio de Oviedo y Baños, Oydor de las Reales Audiencias de Santo Domingo, Guatemala, y México, del Consejo de Su Magestad en el Real, y Supremo de las Indias. Primera Parte. Con privilegio: En Madrid, en la Imprenta de D. Gregorio Hermosilla, en la calle de los Jardines. Año de M.DCC. XXIII. Hallarase este Libro en dicha Imprenta."

Entre los episodios que relata Oviedo y Baños sobresale la rebelión de Lope de Aguirre, cuyo paso por la historia de la Nueva Granada está señalada por una huella de crímenes y tropelías sin cuento, de los cuales, por fortuna, parece no existir parangón posible.

Pero la erudición de Palma no se limitó a estas relaciones en su búsqueda de datos acerca del personaje de su novela, ya que también debió recurrir a otra fuente colombiana igualmente importante pero aún más copiosa e ingente: la monumental obra de Juan de Castellanos, quien llegado en afán de conquistador y aventurero, terminó sus días, después de recibidas las órdenes sagradas, como cura de Tunja, ciudad de iglesias y de blasones, cuya prosapia corre pareja con su discreción recoleta y con la belleza de su plaza principal, y en la cual compuso los millares de octavas que forman sus "Elegías de Varones Ilustres de las Indias". Si bien el tradicionista no cita a Castellanos, hay escenas que parecen derivarse de las descripciones contenidas en las Elegías, como aquella en la que Lope de Aguirre, en el colmo de la vesanía, da muerte a su propia hija, que tiene en la mentada "Silueta" el siguiente desarrollo:

"Por fin, desamparado de los suyos y acorralado como fiera montañés, se metió en un rancho con su hija, y la dijo: —Encomiéndate a Dios, que no quiero que, muerto yo, vengas a ser una mala mujer ni que te llamen la hija del traidor. Y aquel infame, que fingía creer en Dios, rechazando a la Torralba, que se interponía, hundió su puñal en el pecho de la triste niña" (22).

(22) R. Palma, "Tradiciones Peruanas", Espasa-Calpe S. A., Madrid, 1936, T. V. p. 197. Sobre Lope de Aguirre se pueden citar, entre otras, las siguientes obras: Rosa Arciniega, "Dcs rebeides españoles en el Perú", Buenos Aires, Ed. Sudamerica, 1946; L. G. Burmester, "Lope de Aguirre y la Jornada de los Maraños", Buenos Aires, 1941; Emiliano Jos, "La expedición de Urzúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre según documentos y manuscritos inéditos", Huesca, 1927; y "Ciencia y Osadía sobre Lope de Aguirre el peregrino", E. E. H. A., Sevilla, 1950; y principalmente de Juan B. Lastres y C. A. Seguin: "Lope de Aguirre, el rebelde", Lima, 1942.

Según Castellanos, ocurre hasta un parlamento cuando Lope adopta su criminal determinación:

... "No duda que su vida se concluya
Pero con muerte de una hija suya.

¡Oh bestia de las bestias más nocivas!
¡Severísimo rigor de pestilencia!
Dime, que furia tan cruel te priva
de todo cuanto puede ser clemencia?
Qué pierdes en dejar tu hija viva?
Qué ganas en usar de esa demencia?
Al fin se le llegó con gesto fiero,
Diciendo: Muere tú, pues que yo muero.

La moza le responde: Padre mío,
Mejor nueva pensé que se me diera;
Qué mal, qué sinrazón, qué desvarío
He cometido yo para que muera?
Mejor lo haga Dios, y en El confío
Que no moriré yo desta manera:
Este pago me dais, este marido
por lo mucho que siempre os he servido?

Cristianas gentes son entre quien quedo,
Y a quien no daré causa de discordia:
Mostrar con mujer flaca tal denuedo
No es animosidad sino vecordia:
Desdichada de mí, pues que no puedo
En mi padre hallar misericordia!
No más, señor, tened vuestra derecha!
Responde: Nada, hija, te aprovecha.

Pasa por donde pasan los mortales,
Dese fin a la gente pecadora,
Acábense los malos con sus males,
Mi día llegó; llegue tu hora:
No quiero que te digan los leales
La hija del traidor o la traidora.
Y para colmo de sus malos hechos
Dióle de puñaladas en los pechos".

Si "Los Marañoses" hubiera llegado a ser lo que el autor se propuso, habría constituido una obra en cierta forma paralela al *Gonzalo* ya que entre una y otra habrían incorporado a la literatura a los dos grandes rebeldes de América, Alvaro de Oyón y Lope de Aguirre, y la relación de la vida de este último habría sido, al mismo tiempo, un capítulo común a la historia de Colombia y del Perú.

IV

LOS LIBROS

La vida de Palma comprende tres períodos o capítulos principales, según correspondan a sus actividades de poeta romántico, de tradicionista y de bibliotecario. En las tres etapas, su vinculación con Colombia es efectiva, cordial y actuante; pero en la tercera, además, ha tenido su origen otra tradición: la del más noble intercambio posible entre los pueblos, cual es el de los libros, cuyo contacto y frecuencia nos lleva, según la frase estoica de Menéndez y Pelayo, a la más serena, íntegra y desinteresada contemplación que cabe al hombre, "al trato callado y no engañoso de los muertos".

Cuando se le encomienda repoblar los vacíos anaqueles de la Biblioteca de Lima, cuyas estancias habían sido humilladas con vil uso, e inicia su recorrido epistolar en pos de volúmenes que reemplacen a los desaparecidos, como siempre su preocupación primera es el tema americano y dedica sus desvelos a dotar al salón "América" de la mayor riqueza en contenido y calidad. De esos años datan muchas de sus cartas a personajes colombianos, a las que ya me he referido, cuyas respuestas son siempre el anuncio del envío de nuevos impresos:

"Espero que por estos días ya haya recibido Ud. la caja de obras que le remití oficialmente para esa Biblioteca",

le escribe don José María Rivas Groot, a su vez Director de la Biblioteca de Bogotá, en diciembre de 1888. No es de extrañar, por eso, que en la primera Memoria, después de cuatro años de intensa labor, se anuncie que el caudal del Salón "América" totaliza 3725 ejemplares, de los cuales 628, algo más de la sexta parte, corresponden a Colombia. Verdad es que, como dice en otro de sus informes, algunos de sus amigos, como Rufino Gutiérrez y José María Samper "casi mensualmente han favorecido a la Biblioteca con el envío de los últimos libros que aparecen" (23).

Cuando en el primer año del siglo, Alberto Ulloa y Cisneros parte a Colombia como Ministro del Perú, lleva el encargo del Presidente Romaña de ofrecer a la Biblioteca de Bogotá una selección de obras peruanas, cuya entrega realiza por intermedio de la Cancillería de San Carlos. A este episodio no pudo ser extraño don Ricardo, unido a Ulloa por amistad heredada y por una común preocupación en achaque de libros, y a quien debió corresponder, naturalmente, seleccionar y preparar el envío. Este fondo peruano se conserva en Bogotá, en estante individual, como se conserva todavía el recuerdo de la gestión diplomática cumplida por Ulloa, una de las más brillantes e intensas de las que puede ufanarse nuestra tradición internacional.

Este gesto se repite de parte y parte, pues en la Memoria de 1908 "que compendia 25 años de labor" se deja constancia de que:

(23) R. Palma, "Epistolario", op. cit., T. II, p. 129.

“Valiosísimo donativo ha sido el que, en ocho cajones de libros nos hizo el actual Gobierno de Colombia, correspondiente al que dos años antes hiciera el Perú a la Biblioteca de Bogotá”.

Transcurren, luego, algunos lustros pero la tradición no se interrumpe, ya que en 1942 el Embajador del Perú, Carlos Arenas y Loayza, hace entrega a la Biblioteca de Colombia de nuevo envío, destinado como el primero a servir de puente para que entre una y otra acera discurran los hombres de buena voluntad.

Y cuando la tragedia se abate por segunda vez sobre la casa que fundara San Martín, y de los desvelos de Palma sólo quedan cenizas y el gesto impotente y el crujir de dientes, de toda América comienzan a llegar, nuevamente, los libros en caravanas interminables y entre ellas también hay una que, sin interrupción, desde Cartagena —cuna de Juan García del Río, el Ministro que refrendara el decreto de creación de la Biblioteca de Lima y cuyo nombre está ligado por siempre a la cultura peruana— y pasando por San Gil —donde nace Carlos Martínez Silva, el amigo del Perú en los años aciagos— y por el Cauca —tierra de poetas y generales como Julio Arboleda, el maestro de Palma— es portadora de las primicias de la producción intelectual de Colombia, cuyo aporte culmina con el proyecto de ley presentado por el Presidente Alfonso López para dedicar un crédito especial a la formación de un conjunto representativo del pensamiento granadino.

Y el ejemplo perdura. Ayer, no más, en agosto de 1957, el Embajador del Perú en Bogotá, José Félix Aramburú, ha hecho obsequio a la Academia Colombiana de Historia de una selección de obras que agrupa casi un centenar de títulos sobre temas históricos peruanos, enviada a esa docta institución por el Presidente de la República, doctor Manuel Prado.

No es de extrañar, por eso, que como una nueva y simbólica entrega, de la Biblioteca de Bogotá llegue ahora un aporte para enriquecer la bibliografía de don Ricardo Palma: Entre las colecciones del Fondo “José María Quijano Otero” encontré en diciembre de 1956 tres pequeños folletos que han permanecido ocultos y celosamente guardados, como se recatan los grandes amores, y que constituyen tres de sus primeros impresos, hasta ahora desconocidos. Sus textos se reproducen, fielmente, a continuación, así como el fac-símil de sus carátulas, gracias a gentileza de don José Manuel Pérez Ayala.

Su descripción es la siguiente:

— *La Favorita.*

Opera en cuatro actos. Poesía de los Señores Alfonso Royer y Gustavo Vaez. Música del Maestro Donizetti. Traducida en verso castellano por los señores D. J. T. Mansilla y D. M. R. Palma. Obsequio hecho a la Prima Donna la Sra. María Cailly.

Lima. Imprenta de J. M. Masías. 1852.

40 p. numeradas; 15 x 9 cm.

(Bogotá, Biblioteca Nacional, Fondo “José María Quijano Otero”, Sala 1ª, Número 9579, pieza Número 13).

- *Lida* — Romance Histórico
Escrito para Folletín del Mensajero por
Manuel Ricardo Palma
Lima. Imprenta del "Mensajero". 1835
2 p., 18 p. numeradas, 2 p.; 15 x 9 cm.
(Bogotá, Biblioteca Nacional, Fondo "José María Quijano Otero",
Sala 1ª, Número 9579, pieza Número 4).
- *Mauro Cordato* — Romance nacional
por Manuel Ricardo Palma.
El autor dedica este romance a su apreciable amiga la señorita F. P.
Lima. Tipografía del Mensajero. 1853
2 p., 16 p. numeradas; 15 x 9 cm.
(Bogotá, Biblioteca Nacional, Fondo "José María Quijano Otero",
Sala 1ª, Número 9579, pieza Número 4 bis).

v

"LA FAVORITA" — PALMA, HOMBRE DE TEATRO

"Contaba dieciocho años y hacía pininos de escritor y de poeta. Mi sueño dorado era oír, entre los aplausos de un público bonachón, los destemplados gritos: *el autor! el autor!*".

Por aquel tiempo y al término de las tareas escolares, Palma alternaba sus quehaceres de ayudante de cronista de "El Intérprete del Pueblo", con sus ensayos poéticos y con las mejores lecciones de vida, de ingenio y de experiencia que recibía en la tertulia de la Librería de Pérez, en la calle de las Mantas, donde se colaba de rondón para oír los comentarios de Segura o las mordaces apreciaciones de Buenaventura Seoane con motivo de algún recado transmitido por José Ramírez, quien, mitad cazurro, mitad pícaro, estaba siempre dispuesto a estos menesteres:

—*Cacaseno!* Ve y pregunta a qué hora será el ensayo general!

Allí, además, "cuando se agotaban los tópicos de política, literatura y teatro, a falta de mejor plato, se descuartizaba al prójimo".

Frecuentaba el ambiente festivo que rodea la vida del teatro y comenzaba a catar las zalameras sonrisas de las tonadilleras y a recoger impresiones y recuerdos de cómicos y consuetas; y "como Segura, Corpancho, Salaverry, los Pérez y demás bohemios de mi tiempo —anota con añoranza, refiriéndose a Juan Sánchez Silva, el mejor crítico teatral del medio siglo— vivía íntimamente entre bastidores, mimado por los cómicos y las actrices".

No es de extrañar, por lo tanto, que "los triunfos escénicos de Márquez y Corpancho despertaran en mí —dice en otro párrafo de "La Bohemia de mi tiempo"— el deseo de ensayar mis fuerzas en el drama y sucesivamente di al teatro tres monstruosidades", de las cuales fué, más tarde, el más implacable crítico, pero que, en su día, merecieron el mejor de los laureles: "Para los escritores noveles —insiste en otra ocasión— no hay aplausos más codiciados que los obtenidos sobre el escenario teatral. Aquello de oír, en todos los to-

nos, el grito de: *El autor! el autor! Que salga el autor!* repetido, a la vez por mil bocas, es para enloquecer a todo muchacho aspirante a sentar plaza de hijo mimado de las musas” y, también, sin muchas dudas, de prójimo engraido de las damas jóvenes de la compañía.

Raúl Porras, en una página que Palma suscribiría gustoso, ha reconstruido las noches del Teatro Principal y nos cuenta de las polémicas sobre obras dramáticas y sobre actores, rivalidades que no eran nuevas sino simples rediciones de aquellas otras que turbaron, en su día, la pacata tranquilidad virreynal, como la suscitada entre la *Perricholi* y la *Inesilla*, cuando esta última pagó con unos días de cárcel la privanza que el público le concedía, con menoscabo de la popularidad a la que aspiraba la favorita del Virrey Amat.

El novel poeta y dramaturgo no perdona por entonces función de estreno o de repetición. Muy enterado anduvo siempre de quisicosas teatrales —comenzando por los títeres como *Piticalzón* y *Santiago el Volador*— y el prólogo que acompaña a la recopilación publicada en 1858 con el título de “Teatro de Manuel A. Segura”, prólogo que Palma llama “Preámbulo biográfico y noticiero” contiene una pequeña historia del teatro en el Perú republicano. El dominio del tema o si se quiere, el gusto por el mismo, es uno de los ingredientes que prestan su encanto a “La Bohemia de mi tiempo”, por lo que tiene de sinceridad y de reminiscencia. En las posteriores ediciones de este ensayo, siempre puso Palma cariño y delectación, como quien se complace en los recuerdos del primer amor, que para él fué, sin duda alguna, el teatro. Este íntimo y profundo sentimiento de añoranza está patente cuando en el ocaso, durante siete años, incansablemente, de 1885 a 1902, persigue de sus corresponsales en México el envío de una obra de Fernando Calderón, poeta cuyo nombre —escribe agradecido cuando por fin llega a sus manos el anhelado volumen— “está unido a los más gratos recuerdos de mi vida de colegial, recuerdos que tienen ya medio siglo de fecha. Allá por los años de 1849 a 1851 nos sabíamos de memoria los universitarios de Lima los versos del vate mexicano y había teatro lleno siempre que se representaba el drama *Ana Bolena*. Esta noche voy a releer los versos de Calderón y aflíjeme el pensar que tal vez me van a parecer poquita cosa. . . .” (24).

Durante esos años, la inspiración del poeta sigue a veces de la mano de Melpómene, a veces de la de Talía, a las que encuentra siempre en la proximidad de las candilejas. De la época es también una de sus primeras composiciones poéticas: “Amargura: a una artista dramática”. Es fácil pensar que, por razón de la edad, esas pesadumbres no debieron ser muy intensas ni permanentes.

A Lima llegaban no sólo compañías de alto coturno, sino también modestos maromeros, genuinos personajes de carne y hueso dignos de figurar en las aventuras de la familia Cascabel que relata Julio Verne, y a los cuales, es probable, que tampoco les faltara un carromato, una “Belle Roulotte”, para seguir la marcha. En todo caso, el ayudante de cronista debía tener informa-

(24) *Ibid.*, T. I., p. 191.

do a sus lectores, más cuando se acercaba el beneficio de una joven estrella, que es lo que ahora viene a cuento:

En el Coliseo de Gallos había instalado sus reales, a mediados de 1852, la Compañía Española de Malabares y Funámbulos, de la que era director, empresario, artista principal, cajero y maestro de ceremonias un señor Serrate, de amplio mostacho, voz de tenor y avasalladora elocuencia. A su lado, compartía el peso del trabajo su opulenta esposa, mas los aplausos eran sólo para "la joven Catalana", Conchita, la hija, para cuya función extraordinaria de beneficio se prometían, entre otros números, el del alambre flojo, que incluía el juego de las banderas, la suerte del plato, el huevo y el vaso, y las difíciles evoluciones de las bolas y las copas: Esta enumeración justifica que el cronista asegure que "esta graciosa española está llena, además, de seducción y de atractivos". En el programa figura, a continuación, el espectáculo de los palitos incendiados para seguir con el *volteo* general, elasticidades, dislocaciones, vueltas de pecho, saltos en el aire y rápidos *finflanes*. . . . Y como si fuera poco, el baile de la *cachucha*, interpretado por la beneficiada, y el *Minué afandangado*, destinado al lucimiento de la señora Montenegro de Serrate y del señor Director de la Compañía que, para terminar, atenderían las exigencias del público bailando unas *boleras del trípili*. . .

Para distinguir tan señalado acontecimiento, el 5 de junio del año ya citado, "El Intérprete" daba cabida a los siguientes versos:

A LA SEÑORITA CONCEPCION SERRATE

(La joven Catalana)

Brindando gracia, juventud y encanto
El sendero recorres de la vida;
Bella como la gloria prometida,
Pura como el aroma de la flor.
Si giras como ondina vaporosa
Que en el azul del mar se cristaliza,
El mundo sus misterios armoniza
En una dulce sensación de amor.

Ajil como pintada mariposa
Que en leve vuelo hasta el pensil se lanza,
Tal te ostentas, hermosa, si en la danza
Aplausos buscas con feliz afán
Y un pueblo todo entusiasmado entonces
Rinde ovación á la sin par artista
Que nuevos lauros para sí conquista
Y que jamás, jamás se agostarán.

Sílfide seductora! Que tu pecho
Nunca la angustia devorante oprima,
Y los aplausos que alcanzaste en Lima
Eternos siempre en tu memoria estén.
Que si más gloria y esplendor pudiera
En esta noche darte el pueblo todo
La aureola del ángel te ofreciera
A tí que eres la brisa del Edén.

Oh! goza siempre de placer serenos
 Los que hoy te lucen deliciosos días,
 Sin que marchiten lágrimas impías
 Tu belleza fantástica y gentil.
 Perpetuo triunfo el porvenir te brinde,
 Oren guirnaldas tu tranquila frente,
 Y colme el Hacedor, niña inocente,
 Tu tierno corazón de goces mil.

Manuel Ricardo Palma.

No es de extrañar que en el ejemplar del periódico que guarda la Biblioteca Nacional se lea al margen, escrita con tinta que el tiempo está haciendo clarear, esta sentencia:

“Excomulgo estas coplas mías. R.P. 1889”.

También por aquel tiempo, la insigne e indiscutida Clotilde Barilli debió tener algún tropiezo con el contratista del teatro, porque casi sin previo aviso, anunció la empresa que “había escriturado a la sublime señora Cailly”, considerada como una de las primeras cantatrices del siglo, y cuya llegada se anunciaba en el próximo vapor del Sur. Los partidarios de la primera no tardaron en protestar acremente, y en los *remitidos* de “El Intérprete” se inculpaba a quienes

“ayer no más formaron un ídolo de la señora Barilli y hoy porque creen que aprovecharán algunos pesos más, dicen que no hay prima dona en la América del Sur como la señora Cailly; que su argentina voz, sus altos o sus agudos y sus graves. . . . ja! ja! ja!, que barbaridad! graves (en) la voz de la Cailly. . . qué estupidez! Descanse la apreciable Barilli y sepa que jamás hemos oído voz como la suya, aunque hoy el escritor pagado de la empresa diga lo contrario de su opinión ahora ocho días”.

En lo de los precios, parece que no andaban desencaminados los “barilistas” ya que para el nuevo abono que se anunciaba, los precios por función habían sufrido un aumento, señalándose en:

4 pesos, 4 reales, palco de 1ª fila;
 4 pesos palco de 2ª fila; y
 3 pesos, 4 reales, palco de 3ª fila.

Y aún cuando algún retraso hubo en la llegada de la nueva diva, la espera se justificó por las novedades que aportaba al ambiente lírico limeño, habiendo escogido para su presentación a “La Favorita”, ópera en cuatro actos, música del maestro Gaetano Donizetti, autor de “Lucía de Lammermoor” y de otras óperas ya conocidas en Lima, donde se apreciaba la inspiración del creador de la romanza “Una furtiva lágrima”.

Para el estreno de "La Favorita", que tuvo lugar el 12 de noviembre, el libreto, original de Alphonse Royer y Gustavo Vaez, fué traducido en verso castellano por los señores José Toribio Mansilla y Manuel Ricardo Palma; y el breve folleto circuló como "obsequio hecho a la *prima donna* la señora María Cailly".

Director de la orquesta era el maestro Cesare Lietti, el mismo que un año más tarde tendría bajo su batuta a los músicos que animaron el deslumbrante sarao ofrecido por el Presidente de la República y por su señora, doña Victoria Tristán, que Palma describe con primor de miniaturista en su tradición "El baile de La Victoria".

Aquel par de bohemios —colaboradores de todos los diarios de su tiempo y mantenedores entusiastas de todas las polémicas que sobre temas teatrales se desataron— pusieron contribución a su numen para producir, al alimón, los dichos versos castellanos. . . . pero aquello mejor es no menea!lo, que del esfuerzo realizado ni el propio autor guardó recuerdo. Tiene el folleto ahora revelado tan sólo el mérito de ser, con las tradiciones anotadas, una de las primeras obras de Ricardo Palma llevada a la imprenta, mérito que comparte con "Rodil" y con la "Corona Patriótica", y de venir a completar el catálogo de sus impresos.

Sabido es que *Rodil* se llevó a la escena en la función de beneficio de Camilo Estruch, segundo barba de la compañía, a quien el autor dirige una carta que "El Comercio" publica en su edición del 14 de enero: "Grato es para mi corazón daros las gracias por la activa parte que habeis tomado en el lucimiento de mi pobre drama" y en la cual, saliendo anticipadamente al paso de posibles objeciones, aclara: "jamás tuve la intención de escribir un drama histórico. En *Rodil* no he hecho más que tomar un nombre célebre, pintar un carácter tal cual lo he concebido. . . ." (25).

El cronista a cargo de la *Revista de Teatro* en "El Intérprete", observa tre días más tarde, después de algunos comentarios, favorables unos al aspecto poético y críticos otros en cuanto al trasunto histórico, que "la representación hizo cosechar nuevos laureles al Sr. O'Loghlin, a quien tuvimos ocasión de saludarlo con aplausos, lo mismo que a su esposa, la señora Conchita. Ambos se esmeraron y tanto el uno como el otro dieron a *Rodil* el doble valor de su mérito. El Sr. Herrera se hizo admirar en su rol. El papel del Sr. Estruch era superior a sus fuerzas y algunos actores y actrices habían hecho poco estudio de los suyos".

Aún cuando la obra no volvió a las tablas, el "Correo de Lima" durante esos días de enero, siguió publicando este aviso, pequeño pero en llamativo recuadro:

(25) J. Jiménez Borja, "Un hallazgo inesperado: el *Rodil* de don Ricardo Palma", en "Mar del Sur", Lima, Nos. 23 y 24, Vol. VIII, 1952. El "*Rodil*" fué editado en Lima en diciembre de 1851, en la Imprenta del Correo.

RODIL

Los ejemplares de este drama se hallarán de venta, en la cajería del teatro; y los suscriptores ocurrirán a esta imprenta o a la librería del señor Pérez, calle de las Mantas.

Precio cuatro reales.

Por razones políticas propias del momento, polarizadas en los ataques que los sectores liberales dirigían a don Bartolomé Herrera; por razones quizá de índole literaria y por el gusto de discutir por escrito o de escribir para discutir; y, también, por mero espíritu de contradicción ante la cerrada posición de algunos censores como don Melchor Vidaurre, la verdad es que "Rodil" —a pesar de haber estado dedicado al Ministro de Guerra— sirvió para agudizar la permanente polémica político-literaria con intervención, entre otros, de "Aristófano" y de Juan Sánchez Silva y para dar asidero a las protestas de unos y a las insistencias de los otros. Se presentó, poco después, "El primo de todo Lima", petipieza de marcada intención satírica, en la cual se deslizaron unos cuartetos alusivos a la ley de represión y a la actitud de algunos diputados, que fueron aplaudidos a rabiar.

"Dirán todavía —anota "El Correo de Lima"— que el disgusto por la ley es de cuatro escritorzueros? No, no eran sólo escritorzueros los que estaban en el teatro la noche que se exhibió "Rodil" y la de ayer: Allí se ha pronunciado solemnemente el voto de la opinión pública, mal que le pese a los negociantes de destinos".

En el caso particular de la traducción de "La Favorita", su hallazgo da pábulo para hilvanar unos cuantos retazos, recortados de la propia producción de D. Ricardo y colocados los unos al lado de los otros en forma que permiten, quizá, reconstruir uno de sus primeros ropajes: el de hombre de teatro. No consta que hubiera representado, pero tampoco se niega su posibilidad y, por el contrario, casi se la admite por el interesado cuando recuerda con fruición la *Carta de Quevedo a Zorrilla*, "cuyo repertorio era siempre el elegido para víctima de la afición declamatoria de los estudiantes" con motivo del cumpleaños del rector o del término de los exámenes. Y no hay que olvidar que Palma dramaturgo seguía siendo colegial.

Fue el teatro, por lo demás, principio y fin de la actividad intelectual, social y artística en esos primeros años de la República. Los abonos se cubrían con anticipación y se representaba a sala llena, sin que la afición parara mientras en que "el teatro de Lima es el edificio más a propósito para desacreditar una capital. Su platea incómoda y estrecha donde con gran trabajo pueden colocarse seiscientas personas, tres órdenes de palcos con pretensiones de cuartuchos, su techo amenazando desplomarse, y si se añade el comercio que se hace encandenando un crecido número de asientos, comercio

que la policía tolera, ya tendrá el extranjero una débil idea de este local. . . .” (26).

Toda función especial así como las de beneficio —que eran muchas, pues se *beneficiaba* hasta el tramoyista— constituía una fiesta singular, en cuya víspera se iluminaba la fachada del local y se quemaban vistosos fuegos artificiales.

Después de los exámenes en el Convictorio, que contaba con la presencia del Presidente de la República, los alumnos más brillantes recibían como premio el aplauso de los asistentes, el diploma de sus maestros, y, también, como supremo galardón, una invitación al teatro para asistir al palco del Gran Mariscal don Ramón Castilla.

“El pueblo, decidido partidario de las comedias, acudía en tropel a las llamadas de magia y aplaudía con frenesí cada fantasma que se asomaba por el escotillón y cada angelito que volaba desde la escena a la cazuela, con auxilio del tramoyista” (27).

Nada de raro tiene que con el deslumbramiento de los dieciocho años, en las proximidades de las candilejas se centrara toda su atención y el objetivo de sus más vehementes ilusiones.

Sin embargo, otras preocupaciones y un oportuno consejo permitieron que el poeta se sacudiera del entusiasmo dramático y dejara paso franco a sus inclinaciones satíricas, prefiriendo la sonrisa irónica con la que él es el primero en criticarse, a las lágrimas y suspiros de aquellos “dramones de efecto, a lo Bouchardy”.

Ya el día de su cumpleaños, en 1852, en un artículo pleno de humor titulado “Espíritu del siglo”, publicado en “El Intérprete”, entona un *mea culpa* por sus deslices:

En menos de un año di al teatro tres disparates dramáticos que los cogieron (sic) favorablemente; porque en mi tierra todo se ap'aude. Favorecí —y noten ustedes que digo favorecí— los periódicos con renglones rimados, borrajée páginas de muy lujosos *albums*, me enorgullecieron los elogios y no concluiré sin decir que me apestaban las críticas, las cuales, por supuesto, nunca hallé justas, y siempre consideré como hijas de la envidia”.

En el ejemplar consultado existe la siguiente anotación marginal: “Este artículo fué un ensayo de R. Palma”, escrito con letra que, sin duda alguna, pertenece al propio autor, y no sólo es memorable a título de confesión autobiográfica, sino que, por el tono, parecería marcar la línea de separación entre la producción dramática y las posteriores reincidencias escénicas de D. Ricardo que, al estar a sus propias declaraciones, fueron tres más: “Creo que llegaron a seis los disparatados abortos de mi númen. . . y a Dios gracias convencime temprano de que las uvas eran agraces para mí”. Según las crónicas que “El Comercio” ha recogido en sus ediciones del 24 de julio de 1957 y 28

(26) V. *intra*, “Mauro Cordato”, cap. III.

(27) *Ibid.*

LA FAVORITA.

OPERA EN CUATRO ACTOS.

POESIA

De los Señores Alfonso Royer y Gustavo Vaez.

MUSICA

DEL MAESTRO DONIZETTI.

Traducida en verso castellano

POR LOS SEÑORES

D. J. I. Mansilla y D. M. R. Palma.

OBSEQUIO HECHO A LA PRIMA DONNA

LA S.^{ra} MARIA CILLY.



LIMA.

—
IMPRESA DE J. M. MASIAS.

—
1852.

de enero de 1958, esas tres producciones restantes, las tres festivas, del género breve, deben haber sido *Los piquines de la niña*, estrenada en octubre de 1855; la comedia en un acto *Criollos y afrancesados*, puesta en escena por las señoritas Lirón y Sotomayor y los señores Arámbulo y Risso, el 25 de julio de 1857; y *Sanguijuela* que se anuncia como "graciosa petipieza escrita con gracia e interés y con una versificación fácil y armoniosa", para ser estrenada el domingo 31 de enero de 1858 (28).

De las tres primeras poco hay que decir, como no sea la simple mención de sus títulos: *La hermana del verdugo*, *La muerte o la Libertad* y *Rodil* a las que el autor califica, respectivamente, de "abominación patibularia en cuatro actos", de torete echado en plaza y de "mi gran triunfo y último drama".

Quedarían por agregar sus dos traducciones conocidas, la de *El Gitano* (*Paris, le Bohémien*) de Joseph Bouchardy, y la de *La Favorita*, —que ahora reaparece en escena— así como su colaboración en *El Santo de Par-chita* de don Manuel A. Segura. Por ahora, la baraja teatral del tradicionalista tendría estos nueve naipes.

LA FAVORITA *

PERSONAJES

Leonor de Guzman	Sra. Cailly.
Fernando	Sr. Lorini.
Alfonso XI. rei de Castilla	Sr. Avignoni.
Baltazar, Prior del Convento de Santiago de Compostela ...	Sr. Dupuy.
Don Gaspar, oficial del rei	Sr. Ruspini.
Ines, Camarera de Leonor	Sra. Cuevas.
Un Caballero	N. N.

Caballeros, Damas de la Corte, una Camarera mayor, pages, guardias, monjes de Santiago-Peregrinos.

Director de orquesta, Sr. Lietti.

Director de escena, Sr. Becherini.

La escena en el reino de Castilla 1310.

ACTO PRIMERO

(TRADUCCION DE J. T. M.)

El teatro representa la extremidad de una de las galerías laterales que circundan el convento de Santiago de Compostela. Del lado derecho se apercibe entre el orden de columnas de la galería árboles y sepulcros - A la izquierda se halla la entrada de la capilla que encierra las reliquias de Santiago. El fondo del cuadro forma un cerco de pared en cuyo centro se ve una reja.

(28) Se confirma, así, el dato recogido por L. A. Sánchez de "La Prensa" del miércoles 19 de enero de 1859, anunciando un volumen con las tres comedias de Palma. Cfr. "El Señor Segura, hombre de teatro"; Lima, P. T. C. M. 1947, pp. 125 y 128.

(*) La cubierta del folleto en que apareció publicada reza así:

LA FAVORITA | OPERA EN CUATRO ACTOS | POESIA | De los Señores Alfonso Royer y Gustavo Vaez | MUSICA | DEL MAESTRO DONIZETTI | Traducida en verso castellano | por los señores | D. J. T. Mansilla y D. M. R. Palma | OBSEQUIO HECHO A LA PRIMA DONNA | La S.ra MARIA CAILLY | LIMA | IMPRENTA DE J. M. MASIAS | 1852 |

ESCENA I

Los Monjes atraviesan la galería dirigiéndose á la capilla. Fernando, vestido de novicio, y Baltazar el Prior, se presentan los últimos.

CORO DE MONJES

Pio convento,
Desde tu suelo
Suba hasta el cielo
Nuestro clamor.
Ven, peregrino,
De un Dios divino,
Y un voto fino
Haz al Señor.
Hermanos, á rogar, ya la hora vino.

Los Monjes entran en la capilla; Baltazar quiere seguirlos, pero apercibe á Fernando que se ha quedado inmóvil, absorto en sus pensamientos, y se aproxima hacia él. [4

ESCENA II

Baltazar — Fernando

Balt. ¿No ruegas tú tambien?
Fern. No, me resisto.
Balt. ¿Las penas de tu pecho habré previsto?
Dios no te basta.
Fern. Es cierto padre mio,
Voy por un voto á unirme, voto eterno;
Mas sin querer, del mundo el poderío
Por él me arranca un pensamiento tierno.
Balt. Habla, concluye...
Fern. Ante el altar divino
Que asedia el peregrino,
Mi ruego hacia... á un ángel invocaba,
Y el ángel á mi vista se mostraba.

ROMANCE

Un ángel... no... mujer era,
Rogaba cerca de mí,
Y al ver su faz hechicera
De espanto me estremecí.
Padre mio, ¡era tan bella!
Que al luchar con mi pasión
Rogaba á Dios, y siempre ella
Miraba mi corazón.

Al darla la agua bendita
Mi mano su mano halló,
Mi alma entonces se ajita
Con otra suerte soñó.
Mi infiel promesa se estrella,
Pido al cielo compasion,
Ruego á Dios, mas siempre es ella
La que ve mi corazón.

DUO

Balt. Tú mi hijo, tú mi riqueza,
De la fé sosten y honor,
Que debes de mi grandeza
Ser el solo sucesor!
*Fernando (inclinando
la cabeza.)* Padre, la amo.
Balt. (con dolor) ¡Cruel dolor!

¿No sabes que ante la tiara
 Se humilla el cetro veloz;
 Que mi mano une ó separa,
 Que España tiembla á mi voz?
Fern. Padre, la amo.
Balt. Y dais fé, vos,
 De una pasion terrena al desvarío!
 ¿Sabes quien es, hijo mio,
 La que así de tí triunfó,
 Que subyugó tu albedrío?
 ¿Sabes quien es, dó nació?
Fern. (con pasion) No, mas la amo.
Balt. (levantando al cielo las manos.)
Juntos Oh! se perdió!
 Vete ingrato, y justiciero
 Al alejarte de aquí [6]
 Que Dios, mas que yo severo,
 No te maldiga por mí.
Fern. Idolo caro, hechicero,
 Tú que ves mi frenesí,
 Solo bien, en quien espero,
 Sé mi guia, vela en mí.
Baltazar—(detiene de la mano á Fernando, que va á salir, y le dice con emocion)
 Entre perfidia y traiciones
 Tu vida ajada verás,
 Del mundo entre los turbiones
 Ve el peligro que hallarás.
 Quizá en vano y semi-muerto
 Batido del aquilon
 Busques, náufrago, este puerto
 Que te brindó proteccion.
Fernando (cayendo de rodillas.)
 Bendecidme, padre mio,
 Yo parto.
Balt. Vete, ingrato caballero,
 Volverás muy pronto aquí,
 Pero que Dios justiciero
 No te maldiga por mí.
Fern. Idolo caro, hechicero,
 Tú que ves mi frenesí,
 Solo bien en quien espero,
 Parto, me voy, vela en mí.
(Fernando sale par la reja del fondo, y de lejos [7] tiende los brazos á Baltazar, quien vuelve la cabeza enjugándose una lágrima, y entra en la capilla.)

CAMBIO DE DECORACION

El teatro representa una campiña deliciosa á orillas de la Isla de León. Dos jóvenes mujeres forman grupo á orillas del mar, y recojen flores en sus canastillos; algunos esclavos suspenden sobre las ramas de los árboles ricos piezas de género para producir mas sombra: algunas otras jóvenes mujeres acompañan con sus danzas el canto de sus compañeras.

ESCENA I

Inés — Coro de jóvenes mujeres españolas.

CORO

Inés Zéfiro, adorna de flores
 Recinto tan seductor,
 Grata orilla en sus albores
 Que respira paz y amor.
 Nosotras, que protectora
 Logramos en ella hallar,
 Sepamos de la Señora

Los beneficios pagar.
 ¡Silencio! la grata brisa
 Ténue está, muy manso el amor
 Y una barca se divisa;
 Vedla allí. . . . vedla vogar.

(Las jóvenes se aproximan á la orilla y miran hacia lo lejos) [8]

CORO

Buen zéfiro, sé lijero;
 Sopla ténue y placentero,
 Ya que eres el mensajero
 De esa barquilla de amor,
 Y esta playa embalsamando
 Arrebátale pasando,
 El que el jazmin está dando
 Y el naranjal, grato olor.

ESCENA II

Las mismas, Fernando, en una barca rodeado de jóvenes mujeres y llevando sobre los ojos una venda que le quitan.

Fernando (á la joven que lo ayuda á saltar de la barca.)

Ninfa discreta, mensajera amada
 Que así en este sitio ocultais,
 Mi venida ó retirada
 ¿Por qué mis ojos velais?

(Las jóvenes voltean la cabeza, y dan á entender por signos que no pueden responder.)

Siempre el silencio!

(aproximándose a Inés.)

¿Y por qué, dime ahora,
 Tu tan bella señora
 Se quiere siempre ocultar?
 ¿Quién es? ¿cómo se llama? dí.

Inés (sonriéndose)

Imposible

Es saberlo.

Fern.

¿Y no puedo arrancar
 Tal secreto? . . . es luego horrible

[9]

Inés

De la señora solo es,
 Vedla que viene, hablada pues.

(Leonor entra y hace señal á las jóvenes de que se retiren.)

ESCENA III

Fernando, Leonor.

Leonor

¡Mi ídolo! Dios lo envía,
 Ven, ven mi alma te ansía,
 Que al verte, de alegría
 Palpita el corazón

Fern.

Por tí formé con Dios una rencilla.

Leonor

Y de entónces acá, con mi pasión
 En tu suerte velé, y hasta esta orilla
 Te conduje en secreto.

Fern.

A la ilusión

Leonor

O á ser infortunado.

Fern.

Por piedad, séame dado

Conocer nuestro mal hado,

Si en tu pecho yo he reinado,

¿Qué pudiera yo temer?

Leonor

¡Porque dueña no soi de mi destino!

Fern.

¿Quién eres pues?

Leonor

No lo quieras saber.

Fern.

Obedezco, mas dí, si tu alma vino

Mi alma á encontrar, unámoslas las dos,

Y de Fernando esposo sé ante Dios.
Leonor Lo quisiera..... no puedo. [10]
Fern. ¡Qué hé escuchado!
 ¡Destino infortunado!
 ¡Funesto sinsabor!
Leonor (aparte) Y éi destroza mi amor. (á Fernando mostrándole un pliego)

Guardando siempre tu memoria
 Quise darte este pliego y vacilé,
 Vacilé, si Señor....
Fern. ¿La causa?
Leonor Es qué....
 ¿No has dicho que el honor era tu gloria
Fern. Lo dije.
Leonor Y afiancé tu porvenir...
 Mas él te ordena
Fern. Qué?
Leonor Dejame huir.
Fern. ¡Jamás!
Leonor Dejarme debes partir.
Fern. Señora, ¡dejarte!
 ¡No verte jamás!
 Mi vida es amarte,
 Sin tí no hay solaz.
 Destrozado el pecho
 Moriré ¡gran Dios!
 Antes que deshecho
 Te diga su adios.
 Maldito en el mundo,
 ¿Dónde, en qué lugar
 Me hallaré felice?
Leonor ¿Dónde sin pesar?
 Adios, parte, olvida [11]
 Tu sueño y mi ardor,
 Que quizá la vida
 Nos cueste ese amor.
 Mi alma lacerada
 Por dolores mil,
 Jamás se anonada
 Con llanto pueril.
 Pero adios, por siempre,
 Y si al cielo van
 Mis ruegos, tus dias
 Felices serán.

ESCENA IV

Los mismos — Inés

Inés (acude temblando) Ah! Señora, Señora....
Leonor Qué pasa?
Inés Viene el rei.
Leonor ¡Oh cielo!
Fern. (sorprendido) ¡E! rei!
Leonor (aparte) Sujetada á su lei
 Tiemblo de espanto ahora.
 (á Inés)
 (á Fernando) Te sigo.
 Toma, léc
 Y obediente me sé
 Adios, parte, olvida
 Tu sueño y mi ardor.
 Que quizá la vida
 Nos cueste este amor.
 Mi alma lacerada
 Por dolores mil, [12]
 Nunca se anodada
 Con llanto pueril.

Pero adios, por siempre,
 Y si al cielo van
 Mis ruegos, tus días
 Felices serán.
Fern. Señora, dejarte!
 ¡No verte jamás!
 Mi vida es amarte,
 Sin tí no hay solaz!
 Destrozado el pecho
 Moriré ¡gran Dios!
 Antes que deshecho
 Te diga su adios.
 Maldito en el mundo
 ¿Dónde, en qué lugar
 Me hallaré felice?
 ¿Dónde sin pesar?

(*Leonor dirige á Fernando su última mirada, y sale precipitadamente.*)

[13]

ACTO SEGUNDO

(TRADUCCION DE M. R. P.)

Sala abierta: al fondo se descubren los jardines y palacio del Alcazar.

ESCENA I

El Rey — Don Gaspar

El Rey Jardines del Alcazar! delicia de los moros!
 Cual contemplar me place tus viejos sicomoros
 Que traen al pecho mio recuerdos de mi amor!
Don Gaspar La casa del vencido le toca al vencedor.
 Por vos, Ismael huye, y triunfa por vos Cristo.
El Rey Sí de Granada y Mároc los reyes hemos visto
 Muy cerca de Tarifa temblar cobardemente.
Don Gaspar A tí la gloria Alfonso!
El Rey Sí, y al brazo potente
 Del héroe valeroso, del ínclito Fernando,
 Que destrozó al contrario á su Señor salvando.
 En Sevilla lo aguardo, y ante mi Corte quiero
 Rendirle un homenaje á su valor. Le espero.
Don Gaspar Del Sto. Padre anuncian un mensaje importante.
*El Rey (aparte y con
 impaciencia)* De su sagrado cetro la caña es vacilante.

[14]

ESCENA II

El Rey (mirando á Don Gaspar que se aleja.)

Cierta: estos cortesanos tan llenos, sí, de envidia
 Ligan también con Roma su rábía y su perfidia;
 Contra mi amor conspiran... cobardes, por mi fé;
 Yo solo, Leonor mía, yo te defenderé.
 Oh! ven, Leonor; yo abandono
 A Dios, mi pueblo y mi trono
 Por llamarme tu amador;
 Y no tendré desconsuelo
 Si por corona y por cielo
 Me das, Señora, tu amor.
 Mi nombre de libre y bravo
 Y hasta el cielo doy por tí;
 Porque es á tus pies esclavo
 El rey que se eleva aquí.
 ¿Quién un instante de calma
 Dará á mi existencia impía?

Para siempre alma de mi alma,
Sí, para siempre eres mía.

(Se dirige á Don Gaspar que entra) [15]

Prevenid la Corte toda
Para la boda.

(Leonor é Inés entran hablando á media voz)

ESCENA III

El Rey, Leonor, Inés.

Leonor De una manera tal te fué narrada?
Inés Está de lauros lleno.
Leonor Fernando vencedor! (repara en el Rey) Ah! desgraciada!
(El Rey hace señá á Inés para que se retire, y se acerca á Leonor).
El Rey ¿Por qué velais vuestro mirar sereno
Leonor ¿Me creéis feliz? Es fuerza que así os cuadre.
Al dejar el castillo de mi padre,
Pobre hija deshonrada, á esta muralla
Seguir pensé un esposo.
El Rey (con ternura) Calla! calla!
Leonor Me engañastes, Alfonso! mal se enconde [16]
De un rey aquí la favorita, ¿dónde
Huiré el desprecio de tu Corte?
El Rey Cesa.

DUO

Leonor En el palacio á recrearte existen
Placeres mil, espíritu de amor;
Caminas sobre flores, y al mirarte
Feliz, huye el fatídico dolor.
En tu palacio el corazón suspira
Escondiendo su duelo en una flor,
Oh! Dios lo sabe! aunque sonrie el rostro
Está dentro la espina del dolor.
El Rey Dime ¿de dónde nace tu tristeza?
Leonor Y tú me lo preguntas? Tú! Te ruego
Que me dejes marchar, Alfonso, luego....
El Rey Déjame por piedad.
Fuera flaqueza!
Deja que calle ahora;
Mas muy pronto, señora,
Sabrás, sabrás lo que mi pecho ajita.
Leonor La voz de un rey jamás me debilita. [17]

A UNA

El Rey ¿Qué! la llama de mi amor
Para ella no tiene ardor?
Oh! porqué la suerte mía
Se muestra triste é impía?
Leonor Casta llama de mi amor!
Esconde, esconde tu ardor....
Apágate como estrella
Que sobre tumbas destella.
El Rey En breve el himeneo romperé que me enlaza.
Leonor (asustada) La reina!
El Rey Desde ahora mi pecho la rechaza
Leonor Y la Iglesia?
El Rey Qué importa? En breve mirarás,
Que coloco en tu frente mi corona.
Leonor Jamás!
El Rey Lo juro por mi cetro y por mi espada;
Mi corona en tu frente brillará,
Y esta Corte á perderte preparada,

Leonor Ante tí, juro á Dios, que temblará.
 Temblad tambien: Del anatema al peso [18]
 Vuestro cetro y espada caerán.
 ¿Yo en un trono usurpado colocarme,
 Hogueras que mi cuerpo abrasarán?
El Rey Deja las penas
 Y ven á mí....
 Mira la fiesta
 Que doy por tí.

ESCENA IV

El Rey, Leonor, Señores y Damas de la Corte, Pajes y Guardias.

Los Señores y Damas se acercan al rei inclinándose. El rei conduce á Leonor de la mano y se sientan á presidir la fiesta. Los caballeros se colocan á un lado. Mugerres españolas y esclavos moros empiezan á bailar. En el instante en que la fiesta está mas animada, Don Gaspar entra ajitado.

ESCENA V

Dichos, Don Gaspar

Don Gaspar Señor.
El Rey Qué pasa?
Don Gaspar ¿Os negareis á creerlo [19]
 Todavía? Fué aviso de un amigo;
 Al que colmabais de fortuna y gloria,
 Hoy os traiciona.
El Rey Mientes!
Don Gaspar Yo os lo digo,
 Y esta carta tomada á un mensajero
 Dirigida á la bella confidente,
 A la jóven Inés
 (dándole la carta) ¿Don Gaspar miente?
El Rey (con una mirada hace salir los cortesanos)
 Leonor... osa escribirte un caballero!
Leonor (aparte) Cielos! Fernando! El corazon no alienta.
El Rey Callas!
Leonor ... Le adoro.
El Rey Maldicion! Señora,
 Su nombre dime?
Leonor Morirá Leonora.....
El Rey Te obligará el tormento á darnos cuenta.

ESCENA VI

Dichos — Baltazar seguido de un Monge que trae un pliego con el sello papal

El Rey ¿Quién burla de mis guardias así el celo?
Baltazar Quien te anuncia la cólera del cielo. [20]
El Rey Fraile de maldicion!
Baltazar Rey de Castilla!
 Una órden traigo de la Santa Silla;
 Sí á ella resistes, lanzará mi lábio
 Anatema que vengue tanto agravio.
El Rey Lo que al Papa le debe sé un cristiano;
 Ved si el deber sabré de un soberano.
Baltazar Queriais por amor á una querida
 A la reina olvidar la fé debida?
El Rey Es cierto.
Todos. Cielos!
El Rey Fué mi pensamiento....
 De mi trono mudar quise el asiento.
 Don Alfonso el onceno soy llamado
 Y á nadie cuentas doy.

Baltazar Oh! desgraciado!
La furia teme
Del cielo airado;
Quien lo ha ultrajado
Padecerá. [21]
Las tempestades
Tú desafiaste,
Tú no miraste
Su ira quizá.
Del adulterio huyamos, del buen camino en pos;
Huyamos que Leonora maldita está dé Dios.
Leonor Justo cielo!
El Rey *Leonor!*
Baltazar Huid.
Todos. Huyamos!
El Rey (furioso) ¿Con qué derecho?
Baltazar En nombre
De Dios y su Vicario,
Sobre ellos anatema,
Si su querer burlando,
El alba de mañana
No los vé separados.
El Rey Ah! ¿Qué ha dicho? Su furia insensata
Amenaza mi excelso poder,
La venganza en el alma altanera
Duerme triste y cobarde. ¿Y soy rey?
No: que el cetro en mis manos heladas
Va á romperse muy pronto, tal vez
Leonor ¿Qué me pasa? ¡Qué horrible momento!
Insultada cual mala muger!
Vanamente reclamo ¡infelice!
La venganza de un hombre y un rey. [22]
Esconder puede solo mi mengua
En su seno la tierra ¡abreté!
Baltazar Escuchadme: del Papa esta es la bula
(*Todos se arrodillan*)
La clemencia del cielo se agotó.
¡Maldita Jezabel, maldita seas!
Cuando el cielo ofendido lo ordenó
No puedes excitar del rey las iras.
Huid! su rayo ha fulminado Dios.
Todos. Dios lo quiere! Cansada su clemencia
A esta muger infame condenó.
Huyamos que su trueno ha fulminado,
Y escombros tornar puede este salon.

[23]

ACTO TERCERO

(TRADUCCION DE J. T. M. Y M. R. P.)

Una sala en el Palacio del Alcazar.

ESCENA I

Fernando solo, entrando.

Cerca estoy de mi dama,
Oscuro la dejé, y hoy vencedor
Cuando á su Corte el rei ahora me llama
No me anima el orgullo, y sí el amor.
Debo en este Palacio hallar mi perla,
La voi á ver en fin... y á conocerla.
(*Apercibiendo al rei, se retira modestamente.*)

*

ESCENA II

Fernando, El Rey (entra pensativo), Don Gaspar.

Don Gaspar ¿Habeis ya de su suerte decidido?
El Rey (aparte) De un fraile á la amenaza no he cedido
Don Gaspar Se hará justicia el Rey.
El Rey Que Leonor venga, [24]
 Y de su amiga Inés aseguraos.
 (vase D. Gaspar)

Te saluda el Monarca.
Fern. Tanta honra!
El Rey ¿Qué recompensa ansias?
Fern. A una dama
 Mi corazon entusiasmado ama.
 Concededme su mano.
El Rey Concedida.
Fern. Vedla; se acerca allí.
El Rey Leonor! Era ella!

ESCENA III

Leonor, el Rey, Fernando.

Leonor Fernando! Dios santo!
El Rey Vuestra mano pidióme, y yo por tanto
 Negársela no puedo. ¿Qué respuesta
 Le dais?
Leonor La vuestra, Don Alfonso; acepto.
Leonor, Fernando ¿Es un sueño
 La ilusion,
 Que acaricia
 El corazon?
El Rey Dentro de una hora os una el sacerdote.
Fernando Que os bendiga dejad, mi sangre es vuestra. [25]
El Rey (á Leonor) Como hombre me engañábais, me vengo como Rey

ESCENA IV

Leonor (sola)

Mi esposo! Infame fuera,
 Por dote, he de llevarle deshonor;
 Conocerá que esta muger sin honra
 Indigna es de obtener su corazón.

ESCENA V

Leonor, Inés

Leonor Ven, Inés.
Inés ¿Qué he sabido? Vuestro esposo....
Leonor La fortuna, amiga,
 Huraña siempre se mostró conmigo.
 Sepa quien soy antes de ser mi esposo,
 Dile que fuí del rey la favorita,
 Si entonces me abandona
 Consagraréme á Dios que él me perdona.
 Amiga, marcha y que lo sepa todo.

ESCENA VI

[26]

Inés, Don Gaspar y la Camarera mayor

Don Gaspar (a Inés) Aguardad. Daos presa
 Por órden real.
Inés Protejedme, Dios mio.

ESCENA VII

Don Gaspar, el Rey, Fernando, la Corte.

CORO

La voz del Sacerdote
A los esposos llama
Y la pasión risueña
Su corazón inflama.

Fernando Mi alma embriagan, gran rey, tantos favores:
A la par marcharé de estos señores.
El Rey Porque en la Corte se sepa
En cuán gran aprecio os tengo
A vos, vencedor del moro,
Nombro desde este momento
Marqués de Montreal y Conde
De Zamora. Además quiero
Condecoraros, Fernando
(*Fernando se arrodilla y el rey le pone al cuello una cinta.*)
Don Gaspar Señores, ¿qué decís de esto? [27]
Un caballero Son generosos los reyes.
Don Gaspar Que se recompensa infiero
Con honores la deshonra
El Caballero Con que es cierto el himeneo?
Don Gaspar El Soberano los casa,
Todo está de acuerdo entre ellos,
Y este pacto vengonzoso
Ha de atraer ¡vive el cielo!
La maldición de la Iglesia.
Mirad; que se acerca, creo
Leonor la nueva marquesa.

ESCENA VIII

Dichos, Leonor (vestida de blanco y seguida de algunas damas)

Fernando Vámonos al templo, alma mía,
Tiemblas?
Leonor Sí; mas de alegría.
(*Fernando sale conduciendo á Leonor de la mano. Las damas y algunos caballeros los siguen.*)

ESCENA IX

[28]

Don Gaspar, Caballeros.

Don Gaspar Cuanta bajeza!
Caballeros Sí, mucha.
Don Gaspar Casarse con la querida,
La favorita de Alfonso!
Un Caballero Marqués lo hace el rey hoy día
Don Gaspar Será príncipe, señores;
Darle el collar, por mi vida,
De Alcántara.
Todos. Su deshonra
De tal recompensa es digna

CORO

Que nadie entre nosotros
Pretenda su favor;
Dejémosle á él tan solo
Su deshonra.

ESCENA X

Dichos, Fernando.

Fernando (con delirio) Hoy me sonríe celestial ventura
Señores, dividid de mi alegría...
Desde este feliz día
Me pertenece esquivada esa hermosura...
Direis todos que es rara mi fortuna!

Don Gaspar y Señores Cierto, ¿pero la honra? [29]
Fernando Me es sagrada;
Tesoro que heredé desde la cuna.

Don Gaspar y Señores
(con sarcasmo.) Y la juzgais por eso mas preciada?
Fernando Oh! me habeis ofendido
Con el sarcasmo. ¿Se engañó mi oído?
Probad que todo fué ilusorio y vano,
Vuestra mano, señores, vuestra mano.

Todos (retirando las manos).
Fernando No aceptamos la vuestra
Sangre y muerte!
Todos. Ved, Conde de Zamora, de qué suerte.
Fernando Vamos al campo.

ESCENA XI

Dichos, Baltazar.

Balt. Deteneos todos.
Temblad, cristianos, si de Dios las iras
Sobre ese enlace maldecido llamo.

Fern. Baltazar! [30]
Balt. Don Fernando! Cielos!
Fern. ¿Qué he hecho?
Balt. Tú deshonorado estás!
Fern. Decidme, cómo?
Todos Tu esposa es la querida del Monarca.
Fernando (espantado) La querida del rey ¡Leonor! Infierno!
Balt. Lo ignorabas?
Fern. Su sangre por la mia!

ESCENA XII

Dichos, el Rey, conduciendo á Leonor.

Fernando Señor! mucho os debo: tesoros, la vida,
Ser Conde, ser Grande; mi nuevo esplendor...
Os debo cuanto acaso á envidiarme convida...
Muy caro me vendiste, Monarca, tu favor,
Al precio de mi dicha, al precio de mi honor.

El Rey (aparte) La noble llama
Del corazón,
Veloz inflama
Tierna pasión;
Nunca pensara
Que al criminal, [31]
Así humillara
Su acción desleal.

Fernando Maldición al pacto infame
Que tanto ¡oh Dios! me ha costado;
Del honor el fuego sagrado
Latir hace el corazón.
La tempestad desafío,
Reconozco mis derechos...
Quien insulta al hado impío
Si al rey insulta; há razon.

El Rey Fernando escucha.

- Fern.* Alteza, lo sé todo.
Leonor (aparte) El lo ignoraba!
Fern. A infamias no me presto.
El Rey Marqués!
Fern. Señor, tal nombre no es el mio,
 Nada de vuestras dádivas ansío.
Leonor ¿Dónde está, Inés?
Don Gaspar Se encuentra prisionera.
Leonor Oh! todo lo comprendo.
Fernando Este collar fué precio de mi honra,
 Os lo devuelvo. Esta brillante espada
 Que con valor blandí, está mancillada;
 La rompo. . . . porque sois mi soberano.
 Precio quisisteis poner [32]
 A mi orgullo con el oro. . . .
 Guardemos, vos el poder,
 Yo el honor que es mi tesoro.
- Leonor (al rey y luego á Fernando).* Perdonadlo que delira,
 Caiga sobre mí vuestra ira—
 Alma noble ¡Sobre mí
 Pese el rigor de tu suerte;
 Dame tu perdon aquí
 O la muerte.
- El Rey* Abusa de mi clemencia
 Su insolencia;
 Tiembla, ingrato; ya es tu suerte
 Triste muerte. . . .
 Huye. . . si vengarme intento
 Tuviera un remordimiento.
- Baltazar* Comenzar para tí siento
 Las penas del pecador;
 Bajo el trono está el dolor
 Y la púrpura esconde el sufrimiento.
- Don Gaspar y Coro.* De nuestro atrevimiento
 Pesándonos está el remordimiento. . . .
 Su venganza es muy noble y asaz fuerte;
 Mas temblemos, temblemos por su suerte.

[33]

ACTO CUARTO

(TRADUCCION DE M. R. P.)

El teatro representa el claustro del convento de San Jaime. A la derecha el pórtico del templo. Al frente una gran luz sobre un pedestal de piedra. Sepulcros y cruces de madera esparcidos. Aparecen Baltazar y Monjes prosternados al rededor de la tumba. Empieza á amanecer.

ESCENA I

Baltazar, Monjes.

- Todos* Hermanos, respetemos el asilo
 Donde reposa el corazon tranquilo.
 (*Un religioso conduce varios peregrinos que se detienen en la puerta.*)
- Baltazar* Ya se llenan los cielos de estrellas,
 Ya se eleva el espíritu á Dios;
 Donde impera fatídica muerte,
 Peregrinos, alzad la oracion.
 (*Los peregrinos repiten la plegaria y entran á la Iglesia con los Monjes. Solo Fernando vestido como estos permanece inmóvil.*)

ESCENA II

Baltazar, Fernando.

Baltazar Dentro de breve, hermano,
Un voto perennal [34]
De la tierra os separa;
Con Dios os unirá.

Fernando Cuando lanzéme osado del mundo en la tormenta
Dijisteisme —hijo mio, muy pronto volverás—
Es cierto; aquí miradme; la paz del alma ansío
Y el celestial descanso que el atahud nos dá.

Baltazar Valor, Fernando, cuando Dios os llama,
El que no piensa en él su voto inflama.
Hay entre vos y el mundo ya una fosa.
Todos me dejan.

Fern. Junto al ara hermosa
Balt. Ven á orar... El deber junto á un novicio
Jóven y enfermo, impone un sacrificio.

Fern. Jóven también?
Balt. Es flor tan delicada!
La tormenta la acosa desatada...
Muere en su edad de pompa y hermosura.

Fern. Ay! que mata es verdad la desventura.

ESCENA III

Fernando Favorita del rey! En un abismo
Mi amor, la gloria, el porvenir se hundió;
Huyó también de mi alma la esperanza
Como el perfume de la casta flor.
Anjel puro que en mi sueño
De amores creí mirar,
Como una ilusion huiste [35]
Ay! para volver jamás.
Por el amor de una bella
Oh Dios! de tí me olvidé;
Perdon, Señor, me arrepiento,
Dame raudales de fé.

ESCENA IV

Fernando, Baltazar, Monjes.

Balt. Estás ya pronto?
Fern. Os sigo á la capilla.
Balt. Padre mio.
Balt. Ante Dios ven y te hummilla.

ESCENA V

Leonor (vestida de novicio).

Oh Fernando! Fernando! ¿Dónde hallarte?
Este claustro es tu asilo, vida mia;
Deme Dios la ventura de encontrarte
A merced del disfraz que aquí me guia.
Con el dolor mi espíritu batalla;
Dame, Señor, la muerte como un don,
Si el corazon de esta infeliz estalla
Concédale Fernando su perdon.

Coro de Monjes (en el templo).

Que el favor del Eterno acompañe
Del novicio de ofrenda veraz,
Y que un ánjel lo lleve hasta el trono
Del inmenso, inmortal Jehová.

Leonor ¿Qué escucho? Es un voto que se alza hasta el cielo; [36]
Un alma que olvida los goces del suelo!

Fern. (en la Iglesia) A servirte me consagro
¡Oh poderoso, Señor!
Haz que mi alma sea hoguera
Y que me abrase en tu amor.

Leonor Esa voz? ¡E! Es ó! Dios santo!
Este claustro dejemos;
Mas ¡ay! no puedo, que me mata el llanto.
(*Cae desfallecida al pié de la Cruz.*)

ESCENA VI

Leonor, Fernando.

Fern. Ya pronuncié mis votos ¿por qué inquieto
Mi corazón se altera?
Sentimiento secreto
Hizo tal vez que del altar huyera?

Leonor (intentando levantarse.)
Fern. Dios santo! Tengo frío
Que digo? en el mundo impío
Un desgraciado? Alzad, alzad, hermano.
Leonor Es él!
Fern. Es ella!
Leonor No, no me maldigas.
Fern. Oh! no vengas de este asilo
A perturbar la pureza;
Huye... déjame tranquilo [37]
Orar junto al atahud.
De mengua á colmarte y oro;
En palacio un rey te espera
Que él juega con tu decoro
Y mas vil te vuelve aún.

Leonor Hasta este Monasterio
Suplicando llegué... la piedra dura
Hirióme de este triste cementerio.

Fernando Y tú que rue engañaste, de mí qué esperas, dime?
Leonor Ambos víctimas somos de algun error fatal..
Oh! créeme, no se miente al borde de la tumba,
Perdoname, Fernando, en mi instante final.
Mi bien, la clemencia imita
Del Dios á quien te has ligado;
¡Mi pena no ha despertado
En tí una voz de piedad?
Yo que arrastro por dó quiera
La verguenza, el desconsuelo...
Deja volar mi alma al cielo
Con tu perdon de bondad.

Fern. Sus lágrimas, su voz antes tan cara
Perturban mi ardoroso corazón;
Señor, desciende á mí; Señor, desciende
Y se calme mi ser con la oracion.

Leonor Escucha mi voz Fernando,
Ve cual late el corazón,
Y en la noche que me espera [38]
No rechazes mi oracion.

Fern. Adios, déjame huir.
Leonor Oh! no me niegues el perdon. ¡Impío!
Oh! de mi lloro
Ten compasion;
No se resista
Tu corazón.
Fern. Vete! vete!
Leonor Piedad! por el cariño
De otro tiempo.
Fern. Mi amor, mi tierno amor

Leonor Casi ¡oh muger! á despertarse empieza.
Fern. Holla mi cuerpo, ó tenme compasion.
Leonor Ah Leonor!
Fern. Gracia!
Fern. Levántate....
Leonor Dios te perdone....
Fern. Y tú?
 Yo.... yo te adoro
 Mi bien! Cedo sometido
 Al amor que me enagena;
 Te devuelvo mi cariño.....
 Para amar vivir quisiera.
 Dentro el corazon escucho
 Un acento que me grita
 En otra patria, Fernando,
 podrás encontrar la dicha.
Leonor Ay! es mi estrella apagada
 Que me hechiza, al relucir;
 Fernando su amor me vuelve.... [39]
 Señor, dejadme vivir.
 Tu corazon entrega
 A la voz que te grita,
 Que en otra patria acaso
 Encontrarás la dicha.
Fern. Huyamos de este claustro.
Leonor Oh cielos! y tus votos?
Monjes (dentro) En alas sube de la oracion
 Tributo que hace la religion.
Leonor ¿Escuchas su plegaria?
 Es Dios que te ilumina.
Fern. Yo te entrego mi suerte.
Leonor Oh! los remordimientos me asesinan;
 Piensa, piensa en tus votos.
Fern. Ve; mi pasion es tanta
 Que fuera yo por tí, Leonor, sacrílego.
Leonor No, la bondad del cielo
 A tu pensar se opone....
 El Salvador del mundo
 Tu crimen te perdone....
 Aceptaré mi suerte
 Y Cristo me proteja;
 Salva del sacrilegio....
 Tú vive y que yo muera.
Fern. Huyamos, ven.
Leonor No puedo, mi vida ha terminado.
 Oh Dios!
Leonor Mas soy dichosa que tú me has perdonado. [40]
 Fernando, te bendigo.
 Presto en el cielo te verás conmigo. (Muere)
Fern. Socorro! Auxilio!

ESCENA VII

Leonor, Fernando, Baltazar, Monjes.

Fern. Oh! venid! es ella!
Baltazar Silencio! Ya no existe...!
 El novicio murió..... Rogad, hermanos.
Fern. Mañana rogareis por este triste.
Monjes Que nuestras súplicas
 De consuelo,
 Oh Cristo! lleguen
 Hasta tu cielo.

FIN

4
LIDA.

ROMANCE HISTORICO

Escrito para Folletin del MENSAGERO

POR

Manuel Ricardo Palma.

LIMA—IMPRESA DEL "MENSAGERO."

1853.

VI

"LIDA" — UNA TRADICION QUE PERDIO EL NOMBRE

"Lida" es una tradición que perdió el nombre y cuyo recuerdo casi ya no existe. Contemporánea de "Oderay" o "La muerte en un beso" y de "Consolación" —que por las fechas anotadas por el autor podrían ser unos meses anteriores— integra con "Mauro Cordato" el grupo de las primeras producciones del tradicionista y corresponde a la época en la que aún no se sabía si esos relatos se llamarían "romances históricos" o "romances nacionales"; y al momento en que la prosa alterna con el verso en la inspiración del joven Palma.

Fué escrita para folletín de "El Mensajero", en cuyas prensas se edita —a la par que "Mauro Cordato" y que "Corona Patriótica", publicadas las tres en 1853 —y debió aparecer en sus páginas. Mas como ni la Biblioteca Nacional ni la de la Universidad de San Marcos guardan en sus anaqueles la colección de este periódico no me ha sido posible comprobar el hecho (29).

Todo hace suponer que estas cuatro leyendas debieron integrar el conjunto anunciado por el escritor cuando en la edición de "El Intérprete del Pueblo", de 10 de mayo de 1852, en la que, con el calificativo de *cuento nacional*, aparece por primera vez "Flor de los Cielos", se advierte: "Este cuento forma parte de una serie de leyendas y tradiciones americanas que con el título de "Noches de luna" se dará a la luz a fines de este año". Es casi seguro que la publicación quedó en proyecto, salvo que, como "Rodil", esté aguardando que un feliz acaso la ponga en descubierto.

"Lida: Crónica de la época del Gobierno del Excmo. Marqués de Guadalcázar" aparece años después, en la "Revista de Sud América", de Valparaíso, T. II, en 1861, mientras Palma sufre destierro en Chile. En sus posteriores versiones recibirá, primero, el título de "Un pirata en el Callao" —en el T. VII de la "Revista de Lima", de 1863— y luego el de "Un corsario en el Callao" que conserva hasta la edición de las Tradiciones, de Prince, de 1883.

En todos estos casos, figura fechada en 1860 y acusa variantes en el desarrollo de la trama y retoques de forma que atenuan el tono de lamento, bastante afectado, que campea en el original. A la heroína se le ha cambiado el apellido, que de Ramírez pasa a ser Farfán; y el título atribuido a su padre de Conde de Barneto —inexistente entre los de Castilla— es reemplazado por el enigmático de Conde de B***. Asimismo, Leona, el personaje siniestro del trágico desenlace, se llama luego Leoncia, nombre más prosaico, menos novelesco. En cambio el texto está enriquecido con datos históricos y se ha completado el cuadro de la época con evidente mejoría del conjunto, amén de las ya anotadas correcciones en el estilo (30).

(29) "El Mensajero" apareció en setiembre de 1852. La Biblioteca Nacional posee un sólo ejemplar, el N° 373 correspondiente al 7 de diciembre de 1853.

(30) Al final de este folleto, en páginas fuera de numeración, se publicó el poema "América", que también se reproduce en esta oportunidad.

L I D A *

CAPITULO I

ALGO DE HISTORIA

Bajo la dominacion del rey de España é Indias D. Felipe IV entró á Lima, donde fué recibido con gran aparato y pompa, D. Diego Fernandez de Córdova, Marques de Guadalcazar, nombrado Virey del Perú.

Esto era por los años de 1622.

El Virey unía á una elevada intelijencia un corazon resuelto y generoso. Su rostro aunque nada tenia de la belleza varonil era, no obstante, simpático.

Varias veces se puso en pugna con el Tribunal del Santo Oficio, rechazando esos terribles autos de fé en que la plazuela de Otero, venia á ser el teatro donde se ejecutaba una sangrienta farsa, escrita por el fanatismo y aplaudida por la supersticion ó ignorancia de la multitud.

Entónces en un pueblo sencillo se encontraban brujas porque era preciso encontrarlas y hoy ¡cosa rara! en que si no estamos corrompidos, no podemos llamarnos sencillos, ya tendria trabajo para toda su existencia quien se propusiese buscarlas.

Y es que á los pueblos nacientes es fácil engañarlos y especular con sus sentimientos, porque esas sociedades creen y esperan.

Hoy se pierde la esperanza y con ella la fé.

El Marques de Guadalcazar nunca miró con impasibilidad el sacrificio de sus semejantes y cuando no podia salvar de la hoguera á las víctimas, escusaba por lo ménos presenciar su agonía. [2]

Quería inspirar en el pueblo el sentimiento relijioso por medio de la caridad, alma del cristianismo; así es que no era extraño encontrar los sábados invadidos los patios del palacio por una tropa de mendigos.

La fábrica de templos también llamó su atención, tanto que la Catedral de Lima se estrenó el Miércoles de Ceniza de 1623, gracias á sus esfuerzos y actividad; por lo que mereció un elogio de su Santidad Gregorio XV.

Ordenes reales le obligaron á prohibir el uso del manto á las lindas hijas del Rimac, vaporosos serafines de amor que con solo una mirada llena de voluptuosidad y vida, encienden una hoguera en el corazon.

No seré yó, encantadora limeña, quien critique ese oscuro manto al traves del cual puede adivinarse un cuello: no temais que mi pluma niegue el raudal de poesía que envian al alma vuestros hechiceros ojos.

Raro prurito de lejislar que no respeta ni el tocador del bello sexo!

Los hombres del siglo XVII especulaban con los vicios ó ridiculeces de su siglo ni mas ni ménos que los del XIX.

No calumniemos al siglo en que vivimos ni al siglo en que vivieron nuestros padres: por que esto sería especular calumniando; aplicar un hierro candente en la faz de la humanidad.

"Antony, hijo de una fantasía calenturienta "no es el corazon del hombre tal como la Divinidad lo formó; tal como quiso que fuera." [3]

Esto decia en 1851 Luis Mariano de Larra (hijo del malogrado Figaro)

El siglo XVII fué mas ignorante que vicioso.

El siglo XIX es mas digno de compasion que criminal; porque su juventud se deja arrastrar de la moda.

Hoy es moda el catolicismo de Balmes; por la noche lo serán Triboulet, Hernani, Ruy Blas, Lucrecia Borjia.

No escupamos sobre la humanidad.

No la afrontemos sus faltas.

No la calumniemos.

¡Y casi siempre es la juventud la que desempeña esta tarea de reprobacion!

Mas vendrá un Cristo que asida de la mano la guiará:

Hacia la luz.

Hacia la verdad.

Hacia el porvenir.

(*) La cubierta del folleto en que apareció publicada reza así:

La época de los Vi-reyes llegó á nosotros preñada de fábulas y como la encarnación del vicio; parodiando en menor y mas ridícula escala la corrupcion de la corte de Luis XIV.

Todos los potentados se nos ofrecen como imitadores de *Richeieu*; por mas que nos resistamos á engalanar con la corrupcion una sociedad naciente.

La juventud no podia elevarse ni por sus virtudes ni por su intelijencia. Una mano de hierro la detenia en su carrera.

Hoy la intelijencia se vende, se pone en [4] mercado la virtud: y solo así, solo humillándose como reptil puede medrar un jóven.

Lo que vá de siglo á siglo!

Antes se buscaba en un jóven la hipócrésia; hoy se le ofrece un porvenir á trueque de prostituir su conciencia.

¿Hemos ganado?

CAPITULO II

DONDE SE VE QUE UNA MIRADA MOTIVA UN CASAMIENTO

Lida Ramirez era hija del Conde de Barneto, propietario de una hacienda situada á pocos pasos del lugar donde hoy se encuentra la iglesia de Nuestra Señora del Cármen de la Legua.

Si habeis ido al Callao en diligencia y no por el camino de hierro, os habreis acaso visto forzados á visitar ese templo y dado una limosna al viejo religioso que hace á la vez los oficios de sacristán y demandero.

Acompañadme entonces, lectores, á esa iglesia en una fresca mañana de Abril del año 1624.

Un jóven oficial que en un brioso alazan se dirijia al puerto, entró al templo que por aquellos años era tan solo una capilla.

Los poetas han dicho siempre que la mañana en el campo es alegre, sin embargo, hay seres para los que nada puede inspirar mayor melancolía.

El leve murmullo del aura que mece los penachos de los árboles, la calma interrumpida [5] por el canto de las avejillas, el tañido de las campanas que se oye en lontananza, el sol que se alza entre confusas y pardas nubes; todo, todo hace creer que la naturaleza se levanta de una tumba en la que se acostara despues de los desordenes de una orjía.

En la soledad mas que en otras partes se inclina el hombre á pensar en el Hacedor. Los sentimientos religiosos se despiertan en el alma con gran fuerza y sin pensarlo quizás, elevamos la vista al cielo, el pensamiento á Dios.

Entonces el hombre y el poeta cristiano son un solo ser.

Se exhala el corazón en armonia y el alma toda, es un cántico que sube puro, como los primeros rayos del sol, hasta el trono de la divinidad.

El oficial cruzó la capilla y fué á arrodillarse ante el altar de María.

Al levantarse observó á pocos pasos de él una mujer que oraba. Era imposible descubrir sus facciones al través de la semioscuridad de la capilla.

Esa uniformidad de circunstancias, enjendró en el jóven una especie de simpatía por aquella mujer.

¡Anjel del misterio y del dolor que demandaba una gota de miel que endulzase el acibar de sus amarguras!

Tal vez era desgraciada!

El oficial estaba inmóvil.

Una de las ventanas impelida por el viento, dejó penetrar un rayo de sol, y merced á él, pu- [6] do á sus anchas contemplar un rostro lleno de encanto.

Diecisiete años podia tener á lo mas. Llevaba sueltos sus negros cabellos sobre una espalda blanca como el armiño: dos ojos negros y rasgados reflejando sentimiento y vida, daban espresion á ese anjel cuyo conjunto de perfecciones formaba una mujer.

Tan arrobada estaba en su plegaria que no observó la avidez y fiereza de las miradas del jóven.

En su relijiosa y candida absorcion, habria inspirado á Rafael una obra inmortal. El Tasso mismo no habria rehusado cantarla y ligar su belleza con la de Eleonora D'Este.

La atmósfera de castidad y beatitud que la rodeaba, impelia al jóven á respetarla. Las diversas emociones que experimentaba ¿era amor?... No descorramos el velo que cubre los misterios del corazón.

De pronto sus miradas se encontraron; el pudor coloreó las pálidas mejillas de la jóven y él sintió todo su ser estremecerse. Cuanto en esa mirada se dijeron no puede traducirse por palabras.....

Desde ese dia, el oficial asistió á la capilla para contemplar á la bella desconocida que iba á orar por la memoria de su madre.

Se amaban sin decirselo.

El alma virjinal de la jóven concebía á Dios con el amor.....[7]

A principios de Junio del mismo año tuvo lugar el casamiento de Lida, condesa de Barneto con el capitán Abigail Gonzales.

Cualquiera que esté al cabo de las preocupaciones que reinaban en la sociedad que hemos procurado pintar, se admirará de que este casamiento se hubiese efectuado despues de cuatro meses de amorios á usanza de los de la época actual.

Entónces no era necesario conter con el corazon de una joven; bastaba la voluntad de los padres y tanta precipitacion llevaban los galanes, que una semana era tiempo mas que de sobra para enamorarse y recibir la bendicion del cura.

Pero hoy los asuntos matrimoniales se manejan de otro modo... á la romántica; porque tal es el espíritu del siglo.

III

FELICIDAD CONYUGAL

Una semana habia corrido y los esposos disfrutaban de esa felicidad que las almas sensibles gozan solo una vez en la existencia.

La infancia es el broche que encierra una flor llamada la vida. La juventud es la misma flor que luce sus galas acariciada por una brisa que se llama la ilusion.

El sentimiento es su tallo.

El amor su rocío.

Lida amaba á su esposo con todo el ardor de un corazon de diecisiete años; con toda la poesia de un alma casta; con ese amor virjinal [8] que en las primeras auroras del Paraiso de beatitud eterna, sintieron el primer hombre y la primera mujer.

Retirada del bullicio de la capital buscaba solo goces en el cariño de su esposo: en una palabra, veía la existencia por un prisma dorado que reflejaba amor por todas sus faces.

Abigail la adoraba con ese dulce sentimiento que debe inspirar al niño reclinado en la cuna, la presencia de su anjel custodio. Olvidando las amistades y goces con que le brindaba la ciudad vivia contento en la hacienda con Lida y para Lida.

Verdadera felicidad de dos corazones juveniles que se habian comprendido fácilmente! Porque tan es cierto que el alma tiene su lenguaje mudo, como es verdad que el murmullo de un lago, el susurrar de un bosque son otros tantos idiomas de la naturaleza.

Cuantas veces un suspiro encierra una historia entera y una lágrima es un poema que no á todos es dado leer.

Solo el sentimiento comprende al sentimiento.

Lenguaje misterioso en que el espíritu habla al espíritu!

Vibracion unánime de dos fibras heridas por la mano del destino!

¿Quién mas feliz que Lida? Amaba y era amada.

Al septimo dia, despues del de la boda, recibió Abigail una órden del Virey en que le ordenaba unirse inmediatamente con su rejimiento [9] acantonado en el Callao, para defender la poblacion de cualquier tentativa de desembarco de los piratas estacionados en el cabezo de la isla de San Lorenzo. Oficial pundonoroso, se despidió de su esposa ofreciendo volverla á ver tan luego como las atenciones del servicio se lo permitieran.

IV

AYER, HOY, MAÑANA

Esclava que acaricia la cadena que liga sus miembros, mariposa que abandona el verjel y quema sus alas tornasolaadas el resplandor de una lámpara ¿Algo mas era ayer nuestra patria?

Pobre Virgen! Tus mas sentidas canciones se confundian con el ¡ay! del moribundo, y cada aurora te traia una nueva pena, y cada rayo de luz se quebraba en las tinieblas de tu humillacion, y cada hora en el reloj de tu existencia añadia un eslabon á tu cadena.

Está escrito que un pueblo se regenera con el bautismo de sangre y tus hijos ¡patria mia! se apiñaron en rededor de la enseñanza que San Martín y Bolívar, precursores del presente, levantaron en tus llanos.

Porque el presente que ellos soñaron era la Libertad.

Era la República.

¿Quién no ha sentido al salir de las tinieblas heridas sus pupilas con el resplandor del sol? ¿Quién no ha llorado con el Profeta, ante los muros de Jerusalem?

Y nosotros, generacion parásita, que sin [10] haber vivido en la noche existimos en el dia, nosotros flores henchidas de perfume y vida; nosotros, los que decimos tenemos patria, quizá, negamos un recuerdo al Cristo del ayer.

Nosotros, para quienes el astro rey no se hunde en el Oceano; creemos eterno el

hoy y nuestra miope mirada no alcanza al nebuloso horizonte del mañana; porque el mañana es el no ser.

El mañana es de nuestros hijos.

Giman ellos como ayer jimieron nuestros padres.

El hoy es nuestro: —gozemos.

El porvenir es infinito: —es la eternidad.

El cielo ó el abismo.

Dios ó Satan.

La libertad ó la esclavitud.

Gozemos y cuando toque á nuestro dintel el mañana, aprestemonos á huir de su influencia.

Materialistas de corazon, materialistas de intelijencia, nacidos en un siglo sin poesia, sin verdad, encenaguemonos en la orjia porque en la orjia no hay religion.

El sentimiento se embrutece.

Y en verdad os afirmo, que el mañana necesitará un Cristo que lo regenere de las manchas del presente.

O como langostas se lanzarán otras gentes sobre nuestras mieses, y talarán nuestros campos, y pondrán en mercado nuestra honra, y echarán suerte sobre nuestros hijos, y arranca- [11] rán con impúdicas manos el casto velo de las virgenes.

La fuerza bruta es Satan;

La duda es el abismo;

He aqui la tiranía: he aqui la esclavitud.

Sin fé, sin amor sereis sometidos al yugo.

La Polonia espera y en la lucha del espiritu con la materia la esperanza es inmortal.

La fé! El amor! Faros de luz misteriosa que ilumina el infinito!

Yo quisiera cegar mis pupilas en vuestros rayos!

Yo quisiera lanzar fuera de mí las quejas del corazon mezquino y entonaros un himno mas grato que el beso de la mujer que amamos, mas casto que el sueño del infante, puro como la sonrisa de un Dios que muere perdonando, tierno como el arpa del rey poeta y de tanto sentimiento como una lágrima de María.

Ayer dudámos... y fuimos esclavos.

Luego creímos... y fuimos libres.

Hoy ni dudamos ni creemos.

Mañanaes el porvenir.

CAPITULO V

EL RAPTO

Ya es tiempo de volver á nuestra narracion. Harto nos hemos desviado de ella, por dejar correr la pluma en una disertacion asaz seria para nuestra frivolidad característica.

En una oscura noche de Junio, un hombre [12] cruzaba á galope la alameda que conduce de Lima al Callao. La falda de un ancho sombrero de paja velaba su fisonomía. La impaciencia con que espoleaba los hijares de su fogoso caballo, revelaba claramente que iba en busca de algo que la demora podía arrebatarle.

Tan siniestra era su figura, que le habriais tomado por la imagen del tiempo amagando el postrer instante de la humanidad!

De pronto, al pasar por el Carrizal sintió el caballo detenido por la brida y una voz aguardentosa le dijo:

—La plata ó la vida!

—Juan Francisco!

—Perdone U. capitan, no lo habia reconocido y en una noche oscura ¡qué diablos! ¡es tan fácil equivocarse!

—Y tus compañeros?

—Están repartidos por el monte, capitan.

—Hoy haremos una buena presa, amigo mio. En breve debe pasar una calesa por aquí y es preciso detenerla.

Juan Francisco aplicó á sus labios un silvato y dos minutos despues aparecieron, separando las ramas del bosque, como diez hombres haraposos y de perverso semblante.

—Mañana será un dia de botín. La noche será de amor, será de venganza. Cedo á UU. la parte que me corresponda en el próximo saquéo. Sólo me reservo una mujer.

—Buen provecho os haga, capitan ¡Haya oro, que hembras y taberneros judios con quienes [13] gastarlo no han de faltarnos!

—Dice bien, Lesmes; y es gracioso, capitan, que una muchacha os trabuque el seso hasta el punto de hacernos abandonar la mar, para correr en tierra peligros desconocidos para nosotros. ¿La amais mucho?

—No, amigo mio— la odio
 —Cáspita! Entónces dejadla en paz.
 —Es muy dulce la venganza, Juan Francisco. Uno de los bandidos se acercó entónces á ellos dejando percibir un leve sonido.
 —¿Que hay?
 —Siento ruido.
 —Tienes buen oído, Lebrei; díjole el gefe dándole una palmadita en el hombro.
 A su escondite cada cual.
 Y el camino quedó solitario pareciendo que el bosque era un abismo donde iban á sumergirse los bandidos.
 En efecto, una calesa se acercaba pausadamente repitiendo el éco el monótono sonido de las ruedas.
 De pronto rodearon los bandidos la calesa á la voz de
 —¡Alto!
 Un grito resonó en el interior del carruaje de donde sacó el capitán en brazos una mujer desmayada.
 —Ahora, muchachos, á caballo y á bordo.
 El capitán dió el ejemplo colocando delante de la silla tan leve carga y la comitiva se dirigió hacia la mar brava: mientras el calesero, [14] asustado con lo terrible del lance, no sabia que partido tomar.

VI

LEONA LA VENECIANA

La cámara del capitán de la fragata Reina estaba alumbrada débilmente por una bujía, quedando casi á oscuras un extremo de ella en el que había un lecho de madera y un pequeño estante.

Al lado de una mesa cubierta de vinos españoles se veía una silla, en la que estaba reclinada una mujer jóven y bella. Estaba desmayada.

Al extremo de la cámara donde no alcanzaba el resplandor de la luz se percibía inmóvil y de pié una figura vestida de negro. Solo por el brillo fosfórico de sus ojos se habría conocido que era un ser animado.

El capitán descendió de la cubierta; se acercó á la mesa y bebió un poco de vino.

—Ya se ha arrojado el brulote... Si el viento nos favorece y lo lanza sobre la población, esta misma noche vendrán a nuestro poder las inmensas riquezas encerradas en el Callao... ¡Oh! Seré muy feliz si mi sueño dorado se realiza; porque entónces tendré tesoros, habitaré palacios; tal vez el amor me hará honrado; porque mi existencia toda se realizará en brazos de ella.

Luego, lanzando á la desmayada una ardiente mirada, continuó

—¡Ella! ¿llegará á amarme? ¿Tanta felicidad podrá soportar mi espíritu? ¿Y que he hecho [15] para conseguir su cariño? Robarla á su esposo ¡Infamia! Infamia!

Púsose entonces de rodillas ante la jóven estrechando sus manos de nieve entre sus ardientes manos.

¡Oh Lida! alma mia! vuelve en tí! Si despertaras de ese sueño de ángel y leyeras en el fondo de mi alma, si supieras cuanto te amo me compadecerías....

Y acercó sus labios á la mano de la jóven que se estremeció como al contacto de una ascua y volvió de su letargo dando un grito.

—¿Dónde estoy?

—A mi lado, señora; cerca de un corazón que os adora.

—Ah! todo lo comprendo, monstruo.

—Merezco tus insultos Lida; pero no me desprecies porque te amo.

Y la infeliz hizo un esfuerzo para levantarse; pero sus rodillas vacilaron y volvió á caer sin fuerzas en el asiento.

—Me odias, Lida? Eres injusta. ¡Crees que se puede decir al corazón, te mando que no palpites, te ordeno que no ames? El día de tu desposorio pasaba disfrazado para Lima; te ví, Lida, radiante de juventud y hermosura y desde entónces juré que serias mia. Amame, alma de mi ser, con el amor infinito, ardiente, devorador con que te adoro.

—La muerte antes que ser vuestra, infame.

El palido semblante del capitán se coloró entónces por la rabia. Sintió que la sangre se [16] agolpaba á sus ojos y con un acento que mas se asemejaba al rujido de una fiera que al humano, exclamó.

—No, mujer orgullosa, vivirás.

Tu virtud, tu belleza misma servirá solo para alhagar mis caprichos. Estás en mi poder, insensata. ¿Y quién podrá libertarte? Esclava....soy tu señor. ¿Entiendes?

Eres mia para siempre. Esclava, tu dueño quiere placeres. ¿Que le importa tu corazón? y estrechaba los brazos de la jóven procurando atraerla hacia su pecho.

Entonces resonó una carcajada en el fondo de la cámara y al lado del capitán se presentó una figura de mujer, descarnada, vestida de negro y con las marcas de una frenética locura en su rostro.

Se conocía que aun era joven; pero ¡las hondas huellas del pesar habían de tal modo surcado su rostro! La fiebre había marchitado sus facciones!

—Leona! . . . balbuceó el pirata.

—Este es el día de la venganza, Jacobo.

—Es cierto porque vas á morir.

La loca contestó con una nueva carcajada.

—¿Hablas de morir, Jacobo? Tienes razón porque estas envenenado.

—Envenenado! repitió el pirata alargando la mano para tocar la cuerda de una campanilla.

—Es inútil que llores.

Nadie te oiría; porque ya no eres el capitán. El brulote que mandaste arrojar sobre el [17] Callao ha reventado en las playas de Bocanegra.

—Infierno!

Y la loca complaciéndose en los tormentos de su antiguo amante, continuó.

—Tus compañeros se han insurreccionado: los buques han levado anclas y aquí estamos solos tu, y yo y esa infeliz que pretendías deshonrar como á mi.

—Leona. . . . ¡Piedad. . . .!

—No. . . . ¡Estoy loca. . . . ¡No lograrás conmovirme. La venganza de una veneciana es terrible.

—Leona. . . .!

Y Jacobo L'Heremite, el pirata que esparcía el terror en el Pacífico cayó lanzando una espantosa maldición.

La loca lo contempló un instante en silencio; luego inclinándose sobre el cadáver.

—Estoy vengada. . . .! murmuró y una escotilla de la fúnebre cámara, dió paso á su cuerpo que cayó al mar para ser juguete de las olas

VII

CONCLUSION

Después de aquella noche, al alzarse el rojo sol de su lecho de espuma y esmeralda, los habitantes del Callao notaron con placer que la escuadra filibustera que amagaba sus hogares se alejaba desplegando en el horizonte sus blancas velas, como una parvada de cisnes que extienden sus nevadas alas en el espacio.

De pronto se notó sobre las olas un objeto que era impelido por ellas hacia tierra. Era el [18] cadáver de una mujer, eran los inanimados restos de Leona.

De los once buques piratas solo uno estaba fondeado en el cabezo de la isla. Tres bergantines españoles y algunas embarcaciones pequeñas se dirigieron á él; pero no observando la mas leve señal de resistencia se resolvieron á abordarlo.

Lida, único ser viviente que encontraron, volvió á los brazos de su esposo.

Desde este día, la felicidad huyó de este matrimonio poco antes tan dichoso. La desconfianza hería el ánimo de Abigail, y Lida, observando el poco cariño con que la trataba su esposo, prefirió encerrarse en un claustro.

Melancólica azucena cuya savia era la abnegación!

Juventud, placeres, todo lo sacrificó por volver la calma al corazón del hombre que amaba.

Si alguno de mis lectores se dirige hoy á la parte S. de la isla de San Lorenzo y se fija en una de las muchas lápidas de madera colocadas al pie de las rocas, podrá leer mas que con ojos con manos la siguiente inscripción.

JACOBO L'HEREMITE
pirata holandés.
1624.

[19] AMERICA

Y dijo Dios á la inocente América,
Niña que arrulla cristalino el mar:
Del ancho mundo en la extensión esférica
No existe ¡virgen! para tí rival.

Cruce por bosques el caballo dócil
De encendida esmeralda y de rubí;
Ornen volcanes la altitud indócil,
De tus nevadas cordilleras mil.

No habrá en tus campos huracán satánico,
Yo primavera te daré eternal;
Cual sol haré reverberar volcánico
De tus hijas el lánguido mirar.

En tus ciudades de beldad poética
Silfides lanzaré; mujeres no,
Que en su sonrisa de atracción magnética
Sepan robar no solo un corazón.

[20] Tu frente bella ceñirán magníficas
Coronas de topacio y de coral,
Y las alas lucientes y pacíficas
Del ángel del placer te mecerán.

De tu horizonte la cortina célica
Teñida siempre mirarás de azul;
No de un extraño la ambición famélica
Causara á tus ensueños inquietud.

Si triste esclava de facción estólida
Llegas un día por desgracia á ser,
Será de oro la cadena sólida
Con que tu dueño te atará los pies.

Tigres tus hijos de laureles ávidos
Se alzarán combatiendo la opresión,
Y te abrirán con su altivez impávidos
Camino al porvenir y al esplendor.

Queda á la Europa cuanto vieja débil
Amos tener que escupirán su sien,
No á tí, á quien ama el cefirillo fiébil,
No á tí, jamela del perdido Edem.

Duerne feliz, encantadora América,
Perla que besa enamorado el mar:
Del mundo todo en la extensión esférica
No encontrarás, no encontrarás rival.

M. R. Palma.

VII

“MAURO CORDATO” — LA RECETA DE LAS TRADICIONES

“Mauro Cordato”, romance que el autor ofrece “a su apreciable amiga la señorita F. P.”, ha llegado hasta nosotros con el nombre de “El mejor amigo: un perro”, pero ya sin dedicatoria. . . . y sin que se pueda barruntar quien era la misteriosa niña de esas iniciales.

Cronológicamente es posterior a “Lida” y ofrece, también, un claro ejemplo de la evolución del pensamiento del autor, de su gusto y de su estilo, así como de la técnica puesta en práctica para la confección de las tradiciones. No hay duda de que, cuando la que hoy se presenta, adquiere su forma de-

H. bis
MAURO CORDATO

ROMANCE NACIONAL

POR

MANUEL RICARDO PALMA.

El autor dedica este romance á su apreciable amiga la señorita F. P.

LIMA.

TIPOGRAFIA DEL MENSAJERO.

1853.

finitiva, es porque se ha aplicado la receta: "cuatro paliques, dos mentiras y una verdad", que anota Ricardo Rosell, ya que de la primitiva fórmula no quedaron sino algunos de los ingredientes.

En la última versión todo ha cambiado, desde la fecha hasta el escenario: ya no se trata del 8 de setiembre de 1808 ni aparece el Café de Bogones, sino del año 1810 y del Portal, un domingo después de la misa en San Agustín. . . . y, en cuanto a los personajes, para dar mayor verosimilitud al relato, el autor se presenta recordando a la *Perla sin compañera*, como conocida suya, mientras que, primeramente, la desventurada heroína aparecía muerta y bien muerta por el puñal de su amante. Y no es eso todo; el perro, cuya presencia da título a la obra, no había llegado a escena, cuando ésta se escribe en 1853. (31).

Pero, por encima de todo, se ha operado el cambio que define Riva-Agüero: Palma ha abandonado la seriedad del estirado y espiritado romanticismo, y en sus manos la tradición se hace maliciosa, cómica y realista.

No obstante, el texto original sin retoques ni composturas, con su prístina sencillez y su ingenuo afán declamatorio, deja al descubierto un aspecto de Palma, muy diferente por lo que tiene de primitivo, del resto de su obra, depurada, estudiada y divulgada, correspondiente a su época de madurez y de apogeo intelectual.

La anterior comparación permite, igualmente, apreciar dos matices, sobre los que vale la pena insistir, por última vez. El primero, es el agregado de su sal y su pimienta que en estos *romances* —todavía no son *tradiciones*— casi no se percibe, porque la sátira no ha hecho su aparición. El segundo, se refiere a la influencia del teatro que en las dos leyendas es notoria, tanto en la sucesión de las escenas —la acción— como en el juego de los personajes —el diálogo— y en la perspectiva histórica —el decorado—. Con el tiempo, se perfeccionará notablemente la mecánica de las *tradiciones*, pero en el fondo de ellas —recojo un apunte de Estuardo Núñez— se percibirá un rezago de esa primitiva tendencia dramática, que hará de Palma, para siempre, un hombre de teatro (32).

(31) El "Diccionario Histórico Biográfico" de Manuel de Mendiburu, 2ª edición, publicada por E. San Cristóval, T. VII, p. 257, consigna la siguiente noticia: *Mauro Cordatto*.—Griego. Que vivía en Lima a principios de este siglo. En 1810 se suicidó después de haber herido con un puñal a una mujer que por su hermosura tenía el sobrenombre de *perla sin compañera*, y de la cual estuvo ciegamente apasionado. Cordatto fué sepultado en el cerro de las Ramas al pie del San Cristóbal, lugar en que se privó de la vida.

(32) Benito Pérez Galdós percibió dicho acento dramático e intentó teatralizar la tradición "Amor de madre".

MAURO CORDATO *

[3] CAPITULO I

Séanos permitido dar una rápida ojeada á la época en que acontecieron los sucesos que sirven de argumento á este romance.

El 26 de Julio de 1806 entró en Lima el Virrey D. José Fernando de Abascal y Souza, caballero del habito de Santiago, siendo pocos dias despues nombrado arzobispo el Illmo. Sr. Las-Heras.

Durante su gobierno se concluyeron las fábricas del Cementerio General de Lima y del Colejio de Medicina llamado de San Fernando, hoy de la Independencia. [4]

Las ideas de emancipacion volcanizaban las cabezas.

Lafayette y Washington marchando de triunfo en triunfo, habian ya consumado la obra santa de hacer un pueblo libre; de erijir una nacion.

El Verbo estaba enclavado; ellos lo bajaron del Golgota.

El cobarde rey Fernando, que sin valor para sostener en su frente la corona, entregaba aherrojado á sus enemigos al valiente pueblo español; ese rey de farsa y entremes, exasperó el sufrimiento de las colonias por medio de las gabelas continuas que les imponía.

Y ¿qué mucho que Fernando, traidor á su padre Carlos IV, comerciante de la honra de su pueblo, fuese tambien un mezquino usurero para con las colonias?

Por eso empezó en América á germinar la idea de la Independencia y á la idea siguió la accion y á la accion el triunfo.

La América española estaba minada, faltaba solo una mano que condujese la antorcha que debía ocasionar la esplosion.

La sociedad limeña de aquellos tiempos estaba llena de fanatismo y preocupaciones. El que no echaba de ménos á la Inquisicion estrañaba á los padres de la compañía.

La juventud solo podía elejir entre las tres [5] carreras, únicas para las que el porvenir le abria sus puertas.

La toga.

La sotana.

La espada.

Verdad es que hoy con ser republicanos y libres, segun se dice (cosa que yo me guardaré muy bien de propalar porque acá para mis adentros, tengo otra creencia) no hemos adelantado mucho á este respecto.

Presentado este incompleto cuadro de lo que eramos á principio del siglo del gas y del carbon de piedra, entraremos en materia.

Y aquí como por via de episodio seanos licito contestar á los criticos de *Lida*, pobre hija de nuestros ratos de ocio, que al escribir nuestros romances no hemos concedido parte á la vanidad del literato sino á la inspiracion del hombre y del americano, qué hojea con ansiedad las paginas de la historia de su patria.

Reclamamos induljencia; pero no obstante agradecemos la censura porque, a Dios gracias, nos sentimos con fuerzas para aprovechar mucho de ella.

CAPITULO II

EL CAFE DE BODEGONES

Era el domingo 8 de Setiembre del año 1808. [6].

El café de Bodegones, donde hoy solo concurren las momias vivientes para quienes el siglo 19 no ha logrado aun abrir las puertas del sepulcro, era entonces el lugar donde se reunia lo mas escojido de la juventud limeña.

Y he aquí que las cosas, á imitacion de las personas, pasan por terribles situaciones. Lo que ayer era emporio de la elegancia, hoy ha tenido que humillarse ante la moda y el buen gusto.

Hacia el lado donde hoy se halla el billar, estaban varios jóvenes de la aristocracia entretenidos en una animada conversacion.

—Pardiez, señores, decia uno, que el tal Mauro Cordato es hombre afortunado si

(*) La cubierta del folleto en que apareció publicado reza así:

ROMANCE NACIONAL | POR | MANUEL RICARDO PALMA | *El autor dedica este romance á su apreciable amiga la señorita F. P.* | LIMA | Tipografía del MENSAGERO | 1853 |

los hay. Se acerca á una mesa de juego y los dados le protejen á placer. Propónese conseguir el cariño de la mas apuesta dama y en verdad que nosotros hacemos entonces un ridículo papel. Tu, conde de Santella, á quien reconocemos por el galan mas feliz has tenido que cederle la conquista de la *Perla*, esa divinidad de bastidores. Por mi santo patron, caballeros, que esta es mucha verguenza. ¿Tendremos que retroceder siempre á la presencia de ese titere?

—Como soy, amigos, que pienso que ese hombre tiene algun diablo familiar.

Aqui todos los apuestos mancebos se santiguaron; porque en aquellos dias poco importaba la depravacion del alma con tal que se diese culto á una supersticion esterna. [7]

Uno de los jóvenes añadió con aire mojigato.

—Si hubiera inquisicion buena cuenta dariamos de él.

—Oh! caballeros: medios nos sobran para deshacernos de ese rival, dijo aquel á quien habian designado con el titulo de conde de Santella.

—Un desafio!

—Niñada! Exitemos los celos de Mauro y acabará por despreciar á Maria ó por vengarse; porque esta vez está perdidamente enamorado.

—Hablas como un teatino, conde.

—Vaya una copa de manzanilla.

—A vuestra salud.

—Brindo porque la fortuna nos proteja y logremos desbanicar á Cordato.

—Señores, son las siete y apenas nos queda tiempo para llegar al teatro antes de levantarse el telon.

—Sí; vamos á aplaudir á la *Perla*, esa reina por la belleza y el talento.

Tomaronse del brazo los jóvenes despues de pagar el conde el gasto que habian hecho y salieron del café con dirección al teatro.

CAPITULO III

DETRAS DE BASTIDORES

Las siete de la noche acababan de sonar en [8] el reloj de la catedral y una inmensa multitud afluía por los corredores del teatro que no podia ya contener mas gente en su recinto.

El teatro de Lima es el edificio mas apropósito para desacreditar una capital. Su platea incómoda y estrecha donde con gran trabajo pueden colocarse seiscientas personas, sus órdenes de palcos con pretensiones de cuartuchos, su techo amenazando desplomarse, y si se añade el comercio que se hace encadenando un crecido número de asientos, comercio que la policia tolera; ya tendrá el extranjero una débil idea de este local.

El pueblo, decidido partidario de las comedias, acudía en tropel á las llamadas de majia y aplaudía con frenesí cada fantasma que se asomaba por escotillón, y cada anjelito que volaba desde la escena á la cazuela con auxilio del tramoyista.

Aquella noche se daba *La flecha de Amor* en que á Cupido con sus alas doradas y su aljaba de carton le tocaba el rol mas importante.

Imajinamos que á nuestros lectores les interesa muy poco el argumento de la comedia. Los conduciremos pues á uno de los cuartos del vestuario.

Un candelabro de plata ilumina la estrecha vivienda, cuyos únicos muebles son: un sofá y tres sillas forradas en terciopelo carmesí. Sobre una mesita de ébano hay un elegante neces- [9] ser y la luz refleja sobre un espejo de cuerpo entero.

En el sofá se encuentra reclinada una bellisima dama y á sus pies sobre un taburete está sentado un apuesto mancebo que la mira con ternura.

Ah! ¿porqué Dios habrá fijado en los ojos la espresion de los sentimientos intimos?

Cuántas veces si nuestros labios fingen un sentimiento, los ojos están diciendo —mentira!

Y cuando el hombre siente que su espiritu vaga en un espacio sembrado de ilusiones armonias, cuando se desencadenan los raudales de amor que el corazon encierra entre nuestras manos temblorosas estrechamos las de la mujer querida; por mas que pretendamos ocultarlo, los ojos nos traicionan: y publican —ese hombre ama.

Lenguaje misterioso que nadie nos enseña en la tierra; porque solo de la Divinidad pudimos aprenderlo.

La dama era una actriz á quien por su hermosura llamaban la *Perla sin rival*. Débil es nuestra pluma para trazar el bosquejo de tanta belleza, Su nombre era María.

El joven es Mauro Cordato cuyo retrato intentaremos presentar: frente espaciosa, negras y pobladas cejas; la mirada audaz del águila, tez pálida; pequeños bigotes sobre labios en que se hallaba incrustada una sonrisa á la vez melancólica y desdeñosa; tal era el semblante de Mauro. [10]

Ordinariamente vestía pantalon negro y un abrochado redingote del mismo color. Era lo que antes se nombraba un lechuguino y hoy un *lyon*.

Hacia un año que estaba en Lima y su fortuna en amores daba bastante que hablar en las tertulias. Por el pronto era el amante de una actriz y es fácil de concebirse cuan crecido seria el número de envidiosos rivales que lo miraban de reojo.

¿Cuales eran sus antecedentes? ¿Cuál su patria?

Sobre este particular tan adelantado está quien escribe estas líneas como los rivales que se interesaban en averiguar la vida del prójimo, crónica divertidísima y siempre llena de atractivos.

Unos lo suponían italiano ó francés, otros griego, los mas mauritano y no pocos andaluz.

De su historia se sabía tan sólo que había llegado al Perú con una fortuna de 10,000 duros, la que le proporcionaba medios para vivir con holgura.

Por lo demás su existencia era un misterio para todos, incluso para nosotros que en nuestra calidad de narradores nada debíamos ignorar.

Sentado á los piés de la actriz le decía:

—Cuando te veo aplaudida con entusiasmo por el pueblo grande es mi dicha, María. grandes mis celos tambien. Porque yo te amo, yo pobre extranjero que solo puedo en ofrenda á tu hermosura darte mi corazon. No puedo mirar con [11] sangre fria esa turba de amantes aduladores que te obsequian y que ansian deslumbrarte con sus riquezas; mas dime ¿no es verdad que soy un insensato en dudar de tí? ¿no es cierto que tu corazon es solo mio?

—¿Por qué desconfiar, Mauro? ¿Quieres que abandone el teatro y me retire del bullicio á buscar solo goces en tu cariño? Habla y te obedeceré.

—No, María; tus triunfos tambien me embriagan y me parece que el mundo me envidia tu amor.

—Ah! Mauro! Ahora te manifiestas confiado; pero mañana volverá á tener celos y tus celos me martirizan.

—No temas; te juro que no volveré a recelar de tí.

Y estampó un beso en la mano que su querida le abandonaba.

El consueta se presentó en la puerta del cuarto.

—Señorita! Estad preparada.

—Mauro hasta luego.

—Voy á gozar de tus victorias, María.

—¡Lisonjero!

Y Mauro salió á buscar un asiento en la platea.

CAPITULO IV

CELOS

Hay un sentimiento que es imposible domir. [12] nar por la fuerza del raciocinio. Los celos.

El corazon desconfia; aunque la cabeza nos diga que no debemos dudar.

Cuanto mas enamorados estamos; cuanto mas pruebas de amor recibimos, tanto mas sospechamos del objeto amado.

Arcano es del alma que en vano intentariamos sondear!

Mauro acababa de jurar á María que ya no tendria celos. ¿Cuan presto iba á ser perjuro!

Atravesaba el corredor para dirigirse al patio, cuando á su lado oyó una voz que decía:

—Yo te aseguro que la *Perla* recibirá esta noche mi carta, y que mañana no faltará á la cita que le doy en la Alameda.

Mauro procuró conocer al que así hablaba; pero al instante se perdió en un pasadizo.

Luchando con los celos estuvo durante la comedia y tanta era su distracción, que para el pasó desapercibido el triunfo que se tributaba á su querida.

Por aquellos días la mas esplendida ovacion que podía darse á una actriz, era esmaltar la escena con onzas de oro arrojadas desde la luneta. El pueblo tenia entonces una manera especial de comprender el arte y al artista. Los ramilletes y las coronas son de reciente introduccion en Lima.

Concluida la representacion de la obra Mauro se retiró a su casa.

Quien ha sentido alguna vez el aguijon de [13] los celos, podrá comprender cuan terrible noche de insomnio pasaria el desgraciado.

.....

 Maria habia recibido un billete con estas pocas palabras:

“Si amais vuestra felicidad; si amais como la vuestra la vida de Mauro, no dejéis de ir mañana á las ocho á la Alameda de los Descalzos donde una persona que vela por vos os proporcionará los medios de evitar una catástrofe. Os recomiendo el secreto.

“Soy señora, vuestro mas sincero amigo.”

El corazon de una mujer apasionada es un instrumento cuyas cuerdas vibran al mas ligero impulso. Maria amaba á Mauro con todo el ardor de una alma americana, y no podia con impasibilidad leer lo que se le anunciaba en el anónimo.

Lloró un momento, con aquel llanto salido de lo intimo del corazon, con aquellas lágrimas que vertidas por unos bellos ojos representan la epopeya del amor.

—Iré á esa cita, dijo.... Yo descubriré este misterio.

Y salió del vestuario.

CAPITULO V

DESENGAÑO

Las seis de la mañana daba el reloj de los [14] Desamparados, y Mauro atravesaba el puente con dirección á la Alameda.

Aquella mañana era de invierno.

Pardas nubes encapotaban la atmósfera y el sol luchaba por romper el manto que en rededor de su disco habia estendido la mano del Ser que rije las estaciones.

Triste, muy triste es en estas horas, hallarse á solas en medio de los árboles; por que si bien el alma quiere elevarse hasta Dios, el recuerdo de nuestros sufrimientos viene como una gota de acíbar á mezclarse entre las ilusiones del porvenir. La desgracia nos hace pensar solo en la tierra, y hasta dudar de la Divinidad.

Mauro era desgraciado.

Habia hecho un ídolo de una mujer; le habia dado su corazon por pedestal, y el ídolo no era mas que un pedazo de barro.

Fatalidad! ¿Hay acaso un poder invisible que nos arrastra hácia tí?

Porque en verdad, el desencanto en amor seca la sabia de esa flor delicada que llamamos el sentimiento.

Felices los que amando por primera vez no habeis apurado aun hasta las heces el caliz del desengaño! Felices los que viven porque sienten!

Dos horas llevaba ya Mauro de paseo en la Alameda y comenzaba á tranquilizarse por que su amada no venia. Ya se reprochaba sus celos y estaba resuelto á lanzarse á los pies de [15] Maria y pedirle perdon porque habia dudado de su cariño.

Ya volvía á ser feliz; cuando ¡maldición! fijó sus miradas en un extremo de la Alameda y vió aparecer distintamente las formas esbeltas de su Maria.

Llevó la mano á su puñal, tocó el mango de una pistola, y cayó desplomado sobre un banco de adobes, diciendo:

—Ira de Dios ¡Me vendia....! Me engañaba....!

CAPITULO VI

CATASTROFE

Reunidos se hallaban en el café de Bodegonos los mismos jovenes de quienes nos ocupamos al principio de este romance. Uno de ellos leia á los demas las siguientes líneas consignadas en un periódico:

“Ayer lunes 9 se han cometido dos crímenes espantosos en esta capital. La Perla sin compañera, actriz favorita del público, fué asesinada en la Alameda de la Recoleccion de los Descalzos por Mauro Cordato, su amante, en un arrebató de celos. Intentando la justicia aprehender al criminal, éste se descerrajó un tiro á bala que diez minutos despues le ocasionó la muerte.

“El Exmo. Señor Virey ha ordenado de [16] acuerdo con el Señor Arzobispo, que el cadáver del suicida sea privado de sepultura eclesiástica.

“Ultimamente se ha dispuesto sea enterrado en la Alameda hácia el sitio del Paseo de Aguas.”

CAPITULO VII

CONCLUSION

—Desgraciados amantes! pensaron algunos. Uno de los jovenes y el Conde de Santella se dirijieron una mirada de inteligencia, y el último con sonrisa diabólica dijo:

—Ya me sabia yo que esos amores habian de tener un fin....como de tragedia.

FIN